

Tijuana In



Hernán de la Roca

Tijuana In

Diseño de portada y formación: Raymundo Larios
Edición original, Editorial Cvltura, 1932
Primera edición, 1990 XIII Ayuntamiento de Tijuana.
Dirección Económica y Social. Ediciones Pasado
Segunda edición, 2005
© Por las características de esta edición
Librería El Día y Editorial Entrelíneas
Colección: "Tijuana Zona Libre", Narrativa

Hecho en México



Hernán de la Roca

Tijuana In

Textos introductorios de
Leobardo Sarabia y Humberto Félix Berumen

 **LIBRERÍA *El Día***

Entrelíneas

TIJUANA, BAJA CALIFORNIA

2005

El largo sueño de *Tijuana In*

Leobardo Sarabia

Hay una primera novela que tiene a Tijuana como protagonista, escenario central y pretexto para el discurso moralista. En sus páginas, las identidades se confunden: la ciudad se trasmuta en personaje, en obsesión que se cumple en el crepitar de llamas que acaban con la ciudad pervertida. Antes de esta novela, hubo apuntes, crónicas de forasteros, informes administrativos del territorio, glosas periodísticas. Los atributos que adjetivan la leyenda negra de Tijuana están aquí en la novela *Tijuana In* de Hernán de la Roca. El personaje central se funde con la ciudad, imita su respiración afiebrada, la anima la misma voluntad de placer y la pulsión autodestructiva de los incendios del *downtown*. Ella es Gloria de Zaragoza, quien transita por varias identidades. Es, en forma sucesiva: joven educada por una familia castiza, mujer seducida, traficante de licor, corsaria de los mares del norte, apostadora indiferente y mujer fatal, bajo el nombre de “Tijuana In”. Su pasado es elemental, no hay complicaciones existenciales que turben el carácter lineal de su destino. Hay un conflicto con el padre, un ex militar, oficiante del honor y de los ritos de la estratificación social. En tanto, se suceden las páginas se describe una creíble vida de frontera, con sus referencias justas, los pequeños sucesos, el repertorio de personajes que pueblan la villa turística, los atisbos de la trama que tiene asiento en el enorme Casino de Agua Caliente.

Hay de todo en este cóctel: el neoclásico tardío, el modernismo, barruntos del bolero, infestan las descripciones con su lenguaje púrpura. Algunas escenas naives como: “Tijuana In vestida de kimono rojo sobre la piel a manera de alfombra de un albo y enorme oso polar”. La estructura es un relato simple, que a veces se desata en fárrago decimonónico. Se eligen escenas climáticas en el Hipódromo en alguno de sus handicaps célebres premiados por bolsas de miles de dólares. Hay también una visión didáctica de los pormenores del tráfico de licor en su versión corsaria. Una indecisa caracterización de los amantes sucesivos de Gloria de Zaragoza. A veces, los galanes anticipan o copian el canon cinematográfico (Valentino, Antonio Moreno, Ramón Novarro, ¿Errol Flynn?). Así, el despiadado galán De los Terreros o el inglés falso, se adaptan a ese amanerado esquema de comportamiento; otros personajes llaman la atención: los escrúpulos del marino viejo, que teme, la maldición de la mujer (“la italiana”) sobre

el buque. El camino de la baja moral de Gloria no es muy convincente. A pesar de su declamada reciedumbre católica, se sumerge en “el vicio” en forma deleitosa y poco culpable. Se nota que goza de la bebida, de la infracción a la regla, que la excita su nueva condición de fugitiva, y exhibe su vocación por las pasiones de alcoba. Lo único razonablemente inquietante que la persigue es el desprecio anacrónico de su padre (por su “caída” que supone la deshonor). Una escena llamativa es el escape en piragua (después de la muerte del amante), de la bella “y marfilina” Gloria y John, el viejo lobo de mar, con el peso de la sentencia cumplida de los adioses.

Época de fundaciones.

Conviene revisar, así sea de paso, la visión de la Tijuana de entonces, escenario de la historia. La novela escrita en a fines de los años veinte, exhibe los atributos de esa década. En la ciudad, hay un eco de fundaciones. El turismo es la fuerza transformadora. Los gobernantes establecen un esquema de negocios privados y gestión pública, y en el trayecto fundan empresas y se apropian de terrenos y voluntades. Hay luchas, como la exigencia de que haya lugar para trabajadores mexicanos en bares y casinos. Se pacta lo pactable, se transa en el amplio margen que queda. Hay un pragmatismo que llega intacto a nuestros días. Los negocios y la clase política son el minotauro de siempre. El juego ya acreditado legalmente por un decreto a propósito, se expande y todas las variantes son posibles. A fines de la década, Abelardo L. Rodríguez publica su memoria administrativa que es un compendio de logros y un informe de gobierno (para sí mismo y la historia). Se inaugura el Casino de Agua Caliente que es el vector donde se organizará la vida de la ciudad.

La ciudad adquiere una atmósfera circense. Por la calle mayor, deambulan turistas, talladores en la hora de descanso, agrimensores, ex villistas, pioneros en tránsito hacia el sur minero, ebrios sonámbulos por la acera. La fama pública de Tijuana se establece en alas de periodismo *muckcraker*, los anatemas de los predicadores y las páginas de las *tijuanas bibles*: un rumor unánime que la define. El perímetro de la ciudad se reconoce en el eco de la algarabía; y en forma paralela: fundaciones delirantes, colonias anarquistas o renegadas, militantes obreros que irrumpen el bar Tivoli, tirando mesas, sillas y ruletas, exigiendo trabajo para los nacionales. Desde los templos bautistas del vecino país, pastores luteranos amenazan con el puño en alto y demonizan a la ciudad y le prometen un final en llamas. En las tiendas de frágil maderamen se ven los grandes y toscos letreros: “Postcards”. La imagen que ofrecen las postales es la de un

amable villorio, constelado de estímulos evidentes: los bares, el casino, funámbula alegría por doquier. Por ahí circula una foto en formato postal donde Scott Fitzgerald sonríe a la cámara del anónimo fotógrafo, mientras Zelda atestigua al lado. Los turistas advienen en gran número al poblado fronterizo, en los Fords T, por caminos de terracería, en busca de un mundo distinto (*the brave new world*), al momento áureo de la relajación y el exceso.

La ciudad y la trama: puesta en escena

A Tijuana no se le ahorran dictérios. En esta lógica, es la ciudad que merece las descalificaciones puritanas y las atrae como un magneto. No es una ciudad sino una portátil entelequia del mal; una zona de aparatosa sordidez; un parque de diversiones, para ramera, evadidos, dipsómanos y apostadores: un territorio dispuesto para la escoria social, marginales ambiciosos y *bounty hunters*

A pesar del barroco modernista, en *Tijuana In* hay una eficacia narrativa: el devenir de la castiza señorita Zaragoza y su paso a la mujer perdida y su reencuentro por medio de la mortificación religiosa. La elipsis narrativa apenas encubre el descuido elemental de los diálogos, y una forma de describir los interiores que confiere al adjetivo todo el protagonismo. Se advierte un solvente manejo de la nomenclatura de la Ley Seca, dicha en inglés, naturalmente: los *bootleggers*, los *racketeers*, las *speakeasys* perdidas en San Francisco; un rumor de Fords T, de avionetas que arriesgan el “looping the loop” en el cielo de la frontera. El escritor Hernán de la Roca vivió acá, no sabemos cuanto tiempo, o por lo menos fue un turista atento. Maneja con facilidad la cartografía de la frontera estadounidense. Ahí se mueve como pez en el agua, anotando los rumbos de Prospect Avenue y los sucesivos pueblos próximos a San Diego. El autor, con afán pedagógico, intenta el contraste de culturas; se abisma en la enumeración y describe la suntuosa geografía peninsular, como antecedente de lo que vendrá en los años sesenta: la divinización del paisaje; encontrar en lo telúrico, convicciones ontológicas trascendentales, en un cuento de nunca acabar (al pie del podium del declamador). También es familiar su trato con Tijuana: calcula distancias, hace apuntes dignos de un agrimensor, agota la descripción de caminos, extrae conclusiones de la posible idiosincracia local. Ya que Esteban Cantú fue comprensivo con el tráfico del opio, a Hernán de la Roca no se le dificulta manejar su presencia en forma rutinaria. “Se fumó 23 pipas de opio”, afirma descuidado.

La trama y el contexto pasan a segundo plano. El autor no escapa al magnetismo de Gloria de Zaragoza, animal depredador del *cocktail party*.

En los amplios salones del casino transcurre la bella dama sin piedad. Pasa de la ruleta al bar; la conversación se extiende en frases cortas y lapidarias; del ánimo levantisco a las apuestas en el bacarat o el *blackjack*. Su presencia es un espectáculo —la belleza que hiere y sacude—, pretexto para el bisbiseo y la especulación. Hay un casticismo forzado en cada página. Aunque la California española da para eso y más, se reitera el índice de nombres de la santería vaticana, que destila el mapa californiano. El relato transcurre en la atmósfera enfebrecida de la Dry Law, dictada por el senador Volstead. El imperio de esa ley que no llega; el juego como metáfora vital; el vicio como proximidad del abismo; la ciudad descrita con unos cuantos trazos que la hacen detestable y repulsiva. Así funciona la fórmula, para demonizar el influjo del licor en la vida de los personajes.

La historia, no obstante, se abre paso. La anécdota de *Tijuana In* es simple, aunque complicada por el acecho moralista, un lenguaje de lugares comunes y filigrana anacrónica. No obstante, la novela recoge elementos distintivos, señales crudas de la fama pública de Tijuana, que prodiga y potencia al máximo. Es el lugar dónde se verifica el desafío a las buenas costumbres; la ciudad de la caída bíblica que contamina, pervierte y finalmente, se vuelve extremo de la bajeza. Afortunadamente, para el propio narrador, los *freaks* religiosos del *otro lado*, denuncian este hecho día a día, desde el púlpito protestante. Incluso, hay un breve repaso de la nota roja fronteriza, con el caso de las hermanas Petteet —sacrificadas en extrañas condiciones—, sólo para ilustrar la debacle, que acecha en cada esquina de la aldea fronteriza. No hay análisis ni tiene por qué haberlo, de la correlación social, de la fuerza restrictiva de la Ley Seca, que enmarca esta loca historia de corsarios y *bootleggers* terrestres. La caracterización de personajes se atiene a un trazo elemental, al repertorio de prejuicios o al bosquejo de las prendas morales o la excelsitud física, como carnet de corrupción o de abandono lascivo. A primera vista se advierte la vigencia de la tradición narrativa, que tiene como referencias cumbre a *María* de Jorge Isaac o la emblemática *Santa* de Federico Gamboa. La historia es una indagación de la bajeza moral y la redención por medio de la muerte, la caída y en este caso, el fuego. La imagen del incendio final que acaba con Tijuana es sugestivo, por el abanico de reacciones que provoca. El relato de las llamas en los bares, la estampida de lenones ante el desastre, el actuado pánico en las calles, “el tronadero de botellas”, el súbito apocalipsis que ensombrece a la ciudad. Y su correlato: la angustiada Gloria de Zaragoza que lo ve como señal divina de la salvación de la ciudad y la mujer caída. ¿Se aplica a las dos? La conclusión está a cargo del lector.

Tijuana In: La parábola del mal o la creación de un mito

Humberto Félix Berumen

Good Time in Tijuana

Durante la década de los veinte el panorama que funda el arquetipo de Tijuana como la ciudad del vicio por antonomasia es inequívoco: decenas de cantinas dispuestas a saciar la sed de los prófugos de la ley seca (Ley Volstead), caravanas de automóviles que cruzan diariamente la frontera para perderse en la complicidad de la noche, centros de recreación que lo son en la medida que posibilitan la inversión del tiempo libre (casas de juego) o propician actitudes gregarias entre sus clientes (burdeles), casinos de fama internacional a donde acuden tahúres profesionales, estrellas de cine (Clark Gable, Buster Keaton) o en vías de serlo (Rita Casino, conocida después como Rita Hayworth), y su contra parte: tráfico de drogas, vida nocturna disipada, apuestas en la ruleta rusa, galgos y caballos.

Desde entonces la ciudad auspicia la leyenda negra que deviene imagen recurrente: Tijuana es la ciudad del vicio, Sodoma y Gomorra; centro de corrupción moral, espacio en donde naufragan las buenas costumbres y la conciencia pierde sus ataduras. Con el tiempo la imagen trasciende el medio geográfico para convertirse en el estereotipo al que habrán de recurrir con similar escarnio, el cine y la televisión, la literatura y la tradición oral¹. No obstante la campaña moralizadora emprendida por el presidente Lázaro Cárdenas al decretar —en 1935 y a nivel nacional— la prohibición de los juegos de azar y la clausura de centros tan importantes como el Foreign Club y el Casino Agua Caliente (1928–1937). Este último habilitado luego como un centro de estudios técnicos (1939).

Pronto, sin embargo, apenas unos cuantos años más tarde, la medida habría de resultar insuficiente al producirse el estallido de la Segunda Guerra Mundial (1941–1945), que trae como consecuencia casi inmediata, y de manera no tan directa, la apertura de numerosas cantinas y burdeles. Ahora frecuentados por una clientela formada principalmente por los marinos de la base naval de San Diego, California. No sin ironía de su parte, Rubén Vizcaíno Valencia registra en su obra dramática *La madre de todos los vicios* (1965) el siguiente diálogo:

Luis— Claro que lo digo por los que venían a embrutecerse para perder el miedo. Imagínese usted que tener que marcharse a pelear... eso no sólo merece una borrachera sino muchas; claro está, qué caray... si el soldado no tiene derecho a emborracharse cuando deja la patria, cuando parte abandonando a los seres amados y a desafiar a la muerte... entonces ¿cuándo han de tener derecho a beber...(Con énfasis y riendo a carcajadas) justificadamente?

Rodrigo— ¿Pero eso tenía que pasar en Tijuana, Licenciado?

Hernán— ¿En qué otra parte podría pasar? San Diego era el puerto norteamericano de donde partían las fuerzas norteamericanas hacia el lejano Oriente, ¿y a qué otra cosa podían venir los militares, si no era a... eso, a buscar muchachas mexicanas, tequila y canciones... y todo lo demás? ¡Eso no se discute!

Rodrigo— Gloriosa aportación de Tijuana para el triunfo de las democracias. (Ríen sarcásticamente todos).

Lo que sigue es de sobra conocido. Tijuana es la ciudad a la que sólo se percibe como el antro de vicio más grande del país y a la que hay que redimir cuanto antes.

Y es que de Tijuana —escribe Fernando Jordán en su excelente reportaje antropológico que es *El otro México* (1951)— no se ve sino una calle, la calle nocturna donde a un cabaret sigue un bar, al bar una tienda de curiosidades falsas, a la tienda otro cabaret, a éste un bar, al bar un hotel; y luego otro cabaret y otro bar...; así, durante un kilómetro que cuesta trabajo recorrer con el estómago en su sitio. Cuando se sale de ahí ya no quiere ver más, y si no se sale (lo que pasa muy a menudo a los imprecavidos), tampoco puede verse otra cosa. El turista se va, y de Tijuana recuerda solamente esa calle...

Como tal ingresa Tijuana en la literatura.

Let us Go to Tijuana

Tijuana como tema literario. Es poco probable que antes de 1932 —fecha en que aparece publicada *Tijuana In*, novela homónima de Hernán de la Roca (Fernando de Corral)— que Tijuana haya figurado dentro del ámbito de la literatura; que, por lo demás apenas existe entre las páginas de los periódicos de la época y unas cuantas revistas de vida tan efímera como intrascendente. Como quiera que haya sido —y el tema finalmente reviste poca importancia—, su inclusión estará desde entonces determinada por la visión moral que sólo percibe en ella a la ciudad dedicada a la explotación

sexual y las modalidades derivadas del vicio. Escritores, periodistas, simples viajeros con ímpetus literarios, dan fe de un panorama que suponen inobjetable: Tijuana es la ciudad del vicio por antonomasia, de la inmoralidad sin freno. No otra cosa es la imagen que consignan las obras publicadas por escritores tanto nacionales como extranjeros.

En su estudio “El ensayo turístico—periodístico: crónicas de viajes” (en *Tres ensayos sobre el ensayo bajacaliforniano*, 1988) Gabriel Trujillo Muñoz realiza el recuento acucioso de tales autores y sus respectivas obras. Entre los extranjeros: Dashiell Hammett (*La herradura dorada*), Henry Miller (*Cartas a Anaïs Nin*), Ovid Demaris (*Poso del mundo*), Charles Bukowski (*Los cristos estúpidos*). Pero también Joseph Wambaugh (*Lineas y sombras*) y Raymond Chandler (*El largo adiós*). Entre los nacionales: Fernando Jordán (*El otro México*) y José Revueltas (*Viaje al noroeste*). Además de novelas tales como *Los motivos de Caín* (José Revueltas), *Manifestación de silencios* (Arturo Azuela), *El complot mongol* (Rafael Bernal) y *Peregrinos de Aztlán* (Miguel Méndez), que no incluye Trujillo Muñoz pero que habría que agregar a la lista. Junto con el libro de crónicas *De lujo y hambre* (Ricardo Garibay)—que sí incluye—y el guión cinematográfico *Recuerdo de Tijuana* (Manuel Puig)—que no incluye.

Sin extinguirse del todo, poco a poco la visión arquetípica de Tijuana va perdiendo terreno ante la presencia de nuevos escritores que asumen a la ciudad como un ser vivo, posible de ser recreado. Federico Campbell el primero, autor nacido en Tijuana en 1941. En libros como la novela *Pretextos* (1979) y la recopilación de relatos *Tijuanenses* (1989), Campbell busca recuperar los planos vitales y urbanísticos de la ciudad que conoció en la adolescencia, a partir de una visión autobiográfica que mucho debe a la nostalgia.

Otros escritores contribuyen igualmente a precisar el perfil de la ciudad. Entre estos, Rosina Conde (*De infancia y adolescencia*, 1982), Roberto Castillo Udiarte (*Blues cola de lagarto*, 1985), Francisco Morales (*La ciudad que recorro*, 1986), Luis Humberto Crosthwaite (*Marcela y el Rey al fin juntos*, 1988), Julieta González Irigoyen (*Limite de sombras*, 1989) y Jorge Raúl López Hidalgo (*El fuego es humo que se traga*, 1989). Como señala Roberto Castillo Udiarte: “estos textos presentan a Tijuana no como un mero centro turístico, sino como un espacio urbano y suburbano, marginal, con un lenguaje recreado, reinventado, con recursos lingüísticos y léxico del inglés, el caló y el lenguaje popular”.

La parábola del mal

Para Hernán de la Roca, de quien poco se conoce a la fecha (Jesús Cueva

Pelayo le atribuye además la publicación de dos libros de poesía: *El vendedor de estrellas* –1936– y *El cristo socialista*), Tijuana es tema y pretexto. Como tema, el espacio que propicia el drama de los personajes de la novela al verse atrapados en las garras del vicio. Como pretexto, la ocasión para hacer patente su indignación ante el oprobio moral que significa la existencia de una ciudad como Tijuana durante los años veinte. Nunca, ciertamente, el ámbito urbano a definir, a recrear. Si, en cambio, la encarnación (literal y cristiana) de lo pecaminoso, de lo que por fuerza deberá ser exterminado. Por eso la visión arquetípica de Tijuana, los juicios morales *a priori*, los personajes que son objeto de las fuerzas del destino. Por eso, también, la intención de persuadir al lector de la perversión que acecha allende la frontera (escribe desde San Diego y la Ciudad de México) o la falta de perspectiva para comprender las causas sociales que dieron origen a una situación como la descrita. A partir de una intención previsible: la novela será ante todo la parábola moral que simbolice de manera óptima el destino y la suerte de quienes (ciudad y personajes) se dejen arrastrar por los caminos de la perdición y el vicio.

La moraleja del mensaje es evidente: Tijuana, el “opulento centro de lujuria y vicio”, sólo podrá ser redimida gracias a la acción del fuego que todo lo purifica. Por eso la última escena de la novela, que concluye con el incendio de Tijuana y la muerte súbita de Gloria de Zaragoza, en un acto de purificación final.

The Hellish Mexican Town

Si la visión es arquetípica, la narración no lo es menos. En efecto, los personajes, la trama, las situaciones, el tratamiento mismo, todo en la novela de Hernán de la Roca responde a un mismo esquema narrativo. En ella, con más truculencia que destreza técnica, De la Roca abomina de la ciudad que se erige ante sus ojos como el gran emporio del vicio y la corrupción moral, describe con actitud deliberadamente melodramática la caída, redención y muerte del personaje principal de la novela, para concluir con un acto cargado de simbolismo: la destrucción de Tijuana bajo la acción del fuego. La actitud será moralizadora.

Son cuatro los momentos perceptibles en la novela. El drama: víctima del alcohol y de la inexperiencia, Gloria de Zaragoza, una “mexicana de pura cepa, aunque nacida en California”, es seducida en un hotel de Tijuana. En respuesta, “los predicadores de toda California pidieron desde el púlpito el fuego que destruyó a Sodoma y Gomorra “for the hellish mexican town”; la aventura: enamorada de un capitán inglés que resulta ser un contrabandista

de licores y “drogas estupefacientes”, Gloria de Zaragoza participa de los negocios ilícitos de su amante hasta que éste es asesinado a traición. Ella se encargará de vengar su muerte; la caída: tratando de olvidar sus desventuras, Gloria de Zaragoza se entrega a una “vida turbulenta y licenciosa”, bañándose en “todas las fuentes cenagosas del pecado”. Su nombre es ahora el de “Tijuana in”; la expiación: hasta que arrepentida de lo que ha sido hasta entonces su vida, se entrega a la meditación y la penitencia, “purificándose el alma en la tortura del cuerpo” y en el desprendimiento de sus cuantiosas riquezas.

Simultáneamente al despliegue de tales momentos narrativos crece inexplicablemente el amor que Gloria de Zaragoza llega a sentir por Germán de los Herreros, el hombre que la sedujo. Al grado de convertirse en una obsesión más que la lleva a la desesperación y el vicio. Tampoco la compañía de Rodolfo del Llano, otro de los personajes, logra disipar la angustia que hace de su vida un continuo proceso de degradación física y moral. Muere al conocer el incendio de Tijuana. Hasta aquí la trama de la novela, cuyo principal argumento es un alegato moral esgrimido en torno a una situación límite.

Su higiénica desemejanza

La frontera como límite entre el bien y el mal. Para Hernán de la Roca, como para otros escritores más tarde, no pasa desapercibido el contraste entre Tijuana y San Diego. Recuérdese, por ejemplo, el contraste descrito por José Revueltas en su novela *Los motivos de Caín* (1957):

Una limpieza de paredes impolutas, bellas proporciones geométricamente verdes de pasto inglés, aire desinfectado y aun las rejas de alambre, con una pintura nueva todo el tiempo a lo largo de kilómetros y más kilómetros, destinados a separar a los dos países con el rotundo orgullo de su higiénica desemejanza.

Y más recientemente, el registro sombrío y falsamente crítico de Ricardo Garibay en su libro de crónicas *De lujo y hambre* (1981):

Mira hacia Tijuana: tísicos luceríos, millares y millares de foquitos parpadeantes; mira hacia el otro lado: cielo vasto y hondo, raudas nubes y nítidamente brillantes los luceríos de la planicie, fresca la noche allá en la tierra de los enemigos.

Para Hernán de la Roca el contraste es nítido: si San Diego es “una ciudad perfecta: limpia, pulcra, laboriosa; un templo de la virtud y del trabajo”,

Tijuana es por el contrario, “una diosa cruel y mala que envenena y roba sin piedad”. Un pueblo “inficionado por todos los miasmas de la lujuria y el vaho de las borracheras”. Como resulta fácil advertirlo, la visión arquetípica del autor encuentra su sustento en el puritanismo de la época y sirve de sustrato a la novela. Lo que, por otra parte, explica la ausencia de referencias directas a la ciudad que sirve de escenario a los personajes; y cuya sola mención debiera ser suficiente para evocar toda la maldad que anida en su interior. Si Tijuana es para la mayor parte de la narrativa posterior el elemento escenográfico y ornamental, para Hernán de la Roca será únicamente la representación del mal que apenas requiere ser nombrado.

Addenda

Han pasado quince años desde que *Tijuana In* apareciera publicada en la edición facsimilar que realizó el Departamento de Cultura del XIII Ayuntamiento de Tijuana. No obstante, sigue siendo todavía una obra desconocida y sobre la cual existen varias preguntas por responder. Entre otras, las siguientes:

i) Hasta donde es posible saberlo se trata de la primera novela escrita de y sobre Tijuana (la otra sería *Border Town* de Carroll Graham, publicada en 1934). Y aunque no existen registros —o no se han encontrado— que nos permitan saber si la novela de Hernán de la Roca se conoció y fue leída por los habitantes de Tijuana en los años inmediatamente posteriores a su aparición (en 1932), ¿podríamos asegurar que pasó prácticamente desapercibida por más de cincuenta años? La respuesta, según parece, es afirmativa.

ii) Lo más curioso es que ningún investigador, historiador o crítico de la literatura mexicana, parece haber reparado en su existencia. No aparece mencionada en los libros *Cien años de la novela mexicana* (1947) de Mariano Azuela, *Historia de la literatura mexicana* (1961) de Sergio Howard B., *Literatura mexicana* (1962) de María Luisa del Carmen Millán, *Historia de la literatura mexicana* (1964) de Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana* (1973) de Heriberto García Rivas, *México en la novela* (1973) de John S. Brushwood, *Bibliografía de la novela mexicana* (1988) de Emmanuel Carballo, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* (1989) de Christopher Domínguez Michael o en la *Literatura mexicana del siglo XX* (1995) de José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael.

iii) Desde su publicación en 1990 supuse que Hernán de la Roca no era sino un seudónimo. La única pista que tenía era un hecho en cierto modo circunstancial: el supuesto autor de la novela se hacía llamar Hernán de la Roca, en tanto que los personajes de la misma se llaman Gloria de Zaragoza, Germán de los Herreros y Rodolfo del Llano. Este hecho me

pareció entonces un indicio suficiente como para dudar de la autoría que amparaba la novela. La respuesta vino al poco tiempo con la ayuda de una estudiante de la Escuela de Humanidades. En el libro de María del Carmen Ruiz Castañeda *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México* (UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instrumenta Bibliographica 6, 1985). Según se asienta en las páginas 57 y 220, Hernán de la Roca no es otro que Fernando de Corral. El problema se reduce ahora a saber quién es o fue Fernando de Corral.

iv) ¿Podemos interpretar el simbolismo de la novela como un canto a la *Gloria de Zaragoza*? Escrita en 1931, entre San Diego, California y el Distrito Federal, según se asienta al final de la narración, la historia de la novela se ubica claramente durante la década de los años veinte y principios de los treinta. En tanto que la protagonista principal lleva el nombre de Gloria de Zaragoza y, como se podrá advertir, no se trata de un nombre cualquiera, tomado al azar. Gloria de Zaragoza es, en principio, una representación alegórica y moral de Tijuana. Se trata de una figura emblemática al servicio del discurso moralizante del autor. Así, no es extraño que la suerte de Tijuana y la protagonista aparezcan entrelazados: el tema de la novela es la caída y posible redención de Tijuana-Zaragoza. El apellido Zaragoza es una referencia directa al pueblo de Zaragoza ubicado en el antiguo rancho de Tijuana, nombre con el cual se conoció el primer asentamiento urbano de lo que más tarde sería la ciudad de Tijuana.

Otro dato que refuerza la interpretación anterior es el siguiente. En 1926, el entonces gobernador del Territorio Norte de la Baja California, general Abelardo L. Rodríguez, decidió cambiarle el nombre a Tijuana por el de Ciudad Zaragoza. Las razones que motivaron el cambio de nombre, según lo asienta en su bien documentada investigación Vicente Cabeza de Vaca, *Moral Renovation of the Californias: Tijuana's Political and Economic Role in American-Mexican Relations 1920-1935* (UCSD, 1991), se debió al hecho de que Tijuana –ya desde entonces– poseía una reputación pública nada recomendable. El gobernador no tardó en dar marcha atrás: Tijuana ya era un nombre con suficiente arraigo.

Estas y otras preguntas más deberán responderse para tener una mejor lectura de esta singular novela. Por ahora dejemos que sea el lector quien realice la lectura que mejor le convenga.

Tijuana la horrible, julio de 2005.

Tijuana In

“Good Time in Tijuana”

Gloria de Zaragoza acababa de despertar. Su vista asombrada recorría con sobresalto aquella habitación desconocida, que apenas empezaba a iluminarse con la tenue luz del amanecer, el que penetraba por la ventana abierta con un airecillo frío que la estremeció. ¿Dónde estaba...? Sintió que algo muy amargo le resbalaba por la garganta y le oprimía el pecho, provocándole un vértigo de desolación. Nerviosa saltó de la cama y sentóse a su borde.

— ¿Qué he hecho Dios mío?— y juntó sus manos marfilinas desesperadamente. “¿Qué no sería aquello un mal sueño, una horrible pesadilla...?”

¡Pero no! “Aquello” era la fuerte, la incommovible realidad, y sus hermosos ojos, desorbitados, se asomaron a ella con espanto, como a un abismo en el que forzosamente debemos caer.

... Sí, ¡era la realidad!: un ramo de rojos claveles en el centro del lecho revuelto se lo afirmaba así. Convulsa, sollozante, mesando su rizada cabellera, mordía la almohada para no gritar. En tanto, el “yerro” irremediable se iba imponiendo como un tormento en su conciencia.

“¿Cómo habría pasado...?” Apenas sí recordaba: un alegre paseo en auto de tres colegialas, un delicioso baño en la playa de La Joya, jácara, risas, canciones; y después del succulento almuerzo y de fatigarse retozando entre las olas y en la arena: “vamos a Tijuana”. Un gesto audaz de una, de ella, ¿de quién había de ser si no del gracioso e inquieto diablillo latino, que había caído en el “internado de monjitas” a revolucionarlo todo? Como que era mexicana de pura cepa, aunque nacida en California.

— ¡“Let us go to Tijuana!” “¡Ride to Tijuana!”

Katharine, la rubia, se oponía; pero venció el número y allá va

el auto cargado de inocencia y juventud a la Ciudad del Vicio.

¿Travesura de colegialas? ¡Qué cara la había pagado! “¿Pero cómo pudo ser?” ¡Sí! Dos señores muy decentes les invitaron un refresco, después otro, otro... bailaron mucho, unos brazos hercúleos la oprimían con fuerza deliciosa... unos ojos verdes, interesantes, la veían de una manera que se sentía mareada... y una boca con bigote inglés se sonreía diabólica y maliciosa a la altura de la suya diciéndole muchas cosas; unas las entendía, otras no; pero todo le parecía muy chistoso... Se siguió bailando, más refrescos. Después, nada, este increíble despertar en aquel cuarto extraño y la certeza torturante...

Tan, tan, tocan la puerta.

– “Wait a minute”, espere un momento– rectificó balbuciente, arrepentida de haber usado el vocablo extranjero.

“¿Quién sería? Y se puso a temblar, se vistió rápidamente rescatando sus ropas que, diseminadas en el suelo y sobre los muebles, dejaban adivinar el cuadro vivido la noche anterior, cubrió con la colcha la púrpura de la falta y de puntitas se acercó a la puerta.

– ¿Qué se ofrece? ¿Quién es?

– Yo, quiero hablar con usted, ábrame o salga un momento –le dijeron melosamente con acento varonil–. ¿Aquella voz? Reaccionó, tuvo el vago presentimiento de que algún remedio venía para su situación, se sobrepuso en ella el carácter de la raza y abrió resueltamente.

Allí estaba él, encuadrado en la puerta. Ahora lo reconocía perfectamente: los ojos verdes, el bigote inglés, la sonrisa de grandes y firmes dientes blancos.

– ¿Paso?

– “Come in”– replicó ella con dureza, cerrando bruscamente después que él entró tranquilo, apuesto, elegante.

– Gloria, vengo a pedirte perdón de una falta que, más que tuya o mía, fue del destino. Yo te juro que ni borracho como estaba hubiera sucedido; pero yo nunca creí en lo que tú aún poseías, estaba seguro de que el cuento lo habías escuchado más de una

vez. Lamento lo que pasó, y más no pudiendo remediarlo como mi caballerosidad me lo pide; soy casado, tengo tres hijos.

Gloria durante este tiempo no despegó los labios. Se había quedado parada, apoyándose en la piesera de la cama, pálida, destellando odio por sus lindos ojos y realzando su belleza con un gesto fiero de rabia contenida.

— Conozco a tu familia —seguía él— eres preciosa, bien educada, inteligente; ¡me harías feliz!, lo comprendo. Tú, Gloria de Zaragoza, yo, Germán de los Herreros, bonita pareja, ¿eh? pero imposible, la vida es así.

No lo dejó continuar, estalló:

— ¡Maldita sea tu raza! ¡Miserable ladrón! No te pido reparación, no quiero de ti nada sino no volver a verte, limpiarme la baba asquerosa de tus besos y que el recuerdo de esta noche embrujada, infernal, se borre para siempre de mi memoria—. Y llorando, gritaba y blasfemaba:

— ¡Vete! ¡Vete! ¡Maldito seas!

Él se levantó, conocía estas situaciones y sabía de sobra cómo resolverlas. Los besos someten a cualquier mujer por muy enfurecida que esté. Además aquella exasperación de Gloria revelaba un dolor grande y sincero. Empezó a conmoverse, intentó abrazarla.

— ¡Nenita! ¡Nenita! No te desesperes chiquilla, para todo hay remedio. — ¡Qué!... ¿Qué...?— y se revolvió como si la hubiese picado una víbora al sentir el contacto de los dedos hombrunos— ¡No señor de los Herreros! Gloria de Zaragoza habrá sido su víctima; ¡pero nunca! ¡Nunca! ¡Óigalo bien! será su querida, lo juro por Dios y por las cenizas de mi madre—. Y besó en su mano crispada el signo de la cruz—. ¡Y váyase pronto! ¡Pronto! ¡Quítese de mi vista y que jamás lo vuelva yo a ver!

Él salió.

A poco rato ella, escudando el rostro y recatando lo más que podía su aristocrática personalidad, su dolor y su vergüenza, dejaba el hotel, antro de baja prostitución, en que se consumara su deshonra.

Ya en la calle, el sol le hirió fuertemente en las pupilas aún humedecidas de llanto. Serían las ocho. La mañana, clara y fresca, ponía cierto ambiente de pureza en la Ciudad del Vicio, que iniciaba sus punibles actividades. Las cantinas y “cabarets” de enfrente, con sus rótulos de colorines llamativos, ya estaban abiertos, preparándose para refrescar la garganta de los turistas, ansiosos emigrantes del “País de la Prohibición”. Los camiones de la “Mexicali Beer” descargaban a cientos los barriles de espumeante “negra” y “blanca”. Los mozos y cantineros pulían los mostradores y limpiaban el vaserío, amontonándolo en pirámides de cristal centellante.

Cómo impresionó al dolorido espíritu de Gloria el contraste de aquella mañana, en el opulento centro de lujuria y vicio, con las otras pasadas de su niñez y juventud de señorita “bien”, en planteles distinguidos y en el bello jardín de la casa paterna. Agobiada por la congoja, semi-inconsciente, tomó un coche:

— A la Línea.

II

El escándalo

El escándalo tocó hasta lo indecible su fanfarria trágica.

Katharine y Ruth, las compañeras de aventura de Gloria, menos débiles de cerebro o acaso porque la oportunidad les fue propicia, alcanzaron a escapar del deshonor; pero dada la tensión nerviosa en que regresaban y los humos del licor, que con el aire fresco de la noche las acabó de trastornar, en una curva del camino a San Diego volcaron el “roadster” y quedaron allí abandonadas, seriamente heridas, hasta que la policía las fue a levantar.

Vino el proceso, las averiguaciones, las citas. Los periódicos indagaron todo y lanzaron a los cuatro vientos sus admoniciones contra el “Húmedo villorrio”. Se trajeron a colación todos los truculentos sucesos pasados: “el suicidio de los tres banqueros arruinados por los ‘gamblers’ de Aguacaliente”; “la escalofriante tragedia de aquel padre que, no pudiendo sobrevivir a la deshonor que su imprudencia había provocado, hizo una matanza colectiva de toda su familia ajusticiándose al mismo tiempo”. Todos los dramas, todos los fraudes, todos los trucos de los tahúres y los envenenadores vulgo-cantineros fueron exhibidos como un pudridero a la luz pública.

Los predicadores de toda California pidieron desde el púlpito el fuego que destruyó a Sodoma y Gomorra “for the hellish mexican town”.

Pero en donde el reflujo de aquella tempestad causó más estragos fue en el “Internado de Madres de Santa María”, de cuyo plantel eran alumnas las protagonistas: se decretó un ayuno de nueve días, se hizo una escrupulosa requisa de afeites y libros mundanos en los equipajes de las internas: se obligó a todas las educandas a bajarse cinco pulgadas la falda del uniforme. Se solicitó la ayuda de los padres de la “Catholic Church” para

exorcizar la casa. Las ropas y efectos de Gloria, a quien se declaró una poseída indigna de volver a pisar aquel santo lugar, fueron incinerados.

Ella, pobrecilla, no obstante el temple de su alma, se sintió acobardada, perseguida, aniquilada, por aquella racha de acontecimientos tan enormes y trascendentales, que así, de pronto, la arruinaron, segando toda flor de ilusión en el abrileño vergel de su vida.

Cuando llamó a su hogar, creyendo encontrar bajo la égida de quien siempre fue indulgente para sus travesuras y bondadoso para satisfacerle todos sus caprichos, un refugio a su inmenso dolor, ¡no quería ni recordarlo! Esa era la espina más punzante que el destino había puesto en su frente de niña: al abrirse el pesado portón de la vetusta casona colonial que habitara con su padre, don Alfredo de Zaragoza, ameritado coronel del Ejército Mexicano, exiliado en California, recinto venerable donde había muerto hacía ya muchos años la buena mamita Lupe, que la enseñó a rezar; al girar aquella puerta, que ella suponía acogedora, una cara desconocida se asomó preguntándole si quería alquilar la casa, señalando hacia un cartel en el que Gloria por su turbación no había reparado: “For Rent”.

— ¿Y el coronel Zaragoza que vivía aquí?

— Se fue señorita.

— ¿Dígame a dónde? —interrogó angustiada— soy su hija que vengo de San Diego.

— Lo ignoro completamente. ¿Usted es la señorita Gloria? Tengo que entregarle algo, pase.

— No, haga el favor de traérmelo—. No quiso pasar, se sentía sin fuerzas para contemplar la desolada casa vacía y el umbrío jardín en que se solazara en su niñez. ¿Cómo tener ánimo para volver a ver aquellas habitaciones, aquellos senderos bordeados de naranjos, por donde el viejo militar habría paseado su cuita tormentosa hasta llegar al extremo fatal de tomar aquella decisión definitiva: “¿perderse, alejarse, no volver a verla nunca?”

— Aquí está.

Era un pequeño paquete lacrado, lo abrió febril. Contenía: un crucifijo, el mismo que abrazara su madrecita en el instante de morir, alhajas de ella, de la inolvidable, una orden para tomar dinero en el banco y una lacónica misiva: “Que Dios te perdone hija mía. Adiós. Tu padre. Alfredo”.

Se alejó desfalleciente, casi arrastrándose. Todo perdido: honor, padre, familia, colegio, ensueños y fe, “¿Qué podría haber después...?”

— ¡La mujer! —contestó con voz gutural el destino—. Y algo como un rugido se escuchó en el porvenir... se anunciaba ella, la tigresa de dientes afilados y garras implacables...

III

En Coronado

Germán, enterado de las desastrosas consecuencias que para la pobre colegiala había tenido el “good time in Tijuana”; intrigado por la actitud inesperada que ella asumió la mañana siguiente, se decía: “vaya originales que son estas monjitas, se santiguan después de besar al Diablo”, y se sonreía burlón, saboreando aún el manjar apenas gustado. El caso era que pensaba demasiado en la aventura, ¿de dónde venía aquel interés? “¡Pobre chiquilla!”, sin darse cuenta iba cuajando en su alma esa mezcla de conjuntos sentimientos con que se inician los grandes amores: compasión, ternura, ansia de placer, complejo e intenso deseo por volver a verla a toda costa, “pura curiosidad”, y una incertidumbre temerosa: “¿lo rechazaría otra vez?” Y veía con insistencia obsesionante la boquita temblorosa que lo maldijera duramente, y los lindos ojos negros diluyéndose en lágrimas, grabarle muy adentro su expresión airada y fatal. La voz inarticulada del ser subconsciente le insinuaba: “has encontrado la mujer del destino...” Él se encogía de hombros.

Pero... trató de indagar el paradero de Gloria. Le escribió; su primera carta le fue devuelta con una nota a lápiz: “Inútil, G. Z. juró para siempre”; las volvió a mandar, ni siquiera abiertas; así que de nada servían aquellas misivas fogosas, implorantes, en que él expresaba toda la gama de sus sentimientos y formulaba todo género de promesas.

Rondó la casa de los parientes donde Gloria se había refugiado después de la catástrofe (una quinta engalanada de verde follaje, frente al mar, en Coronado), siempre salía con los primos, imposible hablarle. Cierta ocasión que la vio sola en medio del bullicio del barrio comercial en San Diego y trató de hacerlo, ella ni siquiera volvió la cara, caminó apresuradamente tomando el primer taxi que pasaba.

Así se fue dando cuenta de que la resolución de Gloria era irrevocable.

¿Qué mayor incentivo hay para la pasión en ciertas almas, que esas barreras que levanta el amor propio o el despecho entre nosotros y el ser amado hasta sumergirnos en ese estado febril de anhelo y desesperación, que arrastra tanto a las grandes osadías como a los grandes crímenes?

Germán, en aquella situación que se hacía insufrible, y ya casi sin reflexionar, resolvió jugarse una carta arriesgada y definitiva; ¡pero verla! ¡Hablarle! Esa ansia le asfixiaba, “aunque fuese por la última vez”; ese deseo era su tormento, por cumplirlo se arrojaría al fuego. Compró a una sirvienta y se introdujo furtivamente en la casa, después de cerciorarse de que la encontraría sola.

Gloria leía sentada en el “hall” junto al gran ventanal que daba al mar. Al verlo, un rictus irónico de sorpresa y cólera se dibujó en su rostro, no dejando de experimentar interiormente ese halago que es para toda mujer sentirse profundamente amada y ver que se hacen locuras por ella.

— ¿Qué busca usted aquí?

— ¡Mi corazón!, ¡Oh Gloria! Escúchame: me ilusiones, me atraes, me embriagas. Tengo sed de ti, déjame verte... la pasión que me inspiras es superior a mí mismo, a todo cuanto existe.

— Ya sabe que entre nosotros no puede haber ya nada, es en vano que se esfuerce.

— ¡Gloria! ¡Gloria, no puedo vivir sin ti! Y tú... tú también me quieres, lo leo en tus ojos, y ¿qué es lo que nos separa? Un juramento, ¡valiente cosa! Cuatro palabras dichas al azar en un momento de dolor o cólera.

Gloria, arrebatada por el intenso momento pasional, por aquel fogoso y sincero decir, sentía a su agitado corazón golpearle el pecho aceleradamente, sus hermosos ojos brillaban con luz inusitada, y muy a su pesar, pues quería aparecer serena, dos lágrimas indiscretas resbalaban por sus encendidas mejillas.

Germán, al notar el efecto que sus palabras producían, alentó esperanzas, cobró bríos, sintió la excelsa inspiración de

ese instante máximo del amor en que entrevemos cómo se va rindiendo la mujer adorada.

Loco ya, desbordante de pasión, se fue aproximando a ella y se arrodilló a su lado, revelando en sus pupilas fulgurantes y en toda su actitud la certeza de la victoria... y una voz cálida, insinuante, decía en tono muy suave:

— Somos, tú y yo... y nuestro amor... lo demás, ¿qué importa? Olvida las palabras y hazme la oblación de tu boca divina. ¿Verdad que este cariño nuestro es más santo, más fuerte que aquella frase, que aquel juramento cruel que lo condenó para siempre?

Gloria, fascinada, presa de inefable emoción, con la voluntad vencida, lo escuchaba con arrobamiento, y ya próxima a entregarse, detenida por milagro a media caída, fue levantada de pronto por su indómito carácter. Bruscamente se puso en pie, y tomando en su diestra aquel crucifijo, última ofrenda del amor paternal, del altar que le tenía improvisado en la chimenea, lo puso frente a la cara de Germán diciéndole con resuelta indignación:

— ¡Un juramento es esto! ¡Y lo más grande en la vida y en la muerte! ¿Y crees, que voy a olvidarlo? No soy de esa casta. Además, no te quiero, nunca te querré, ¡siempre me darás asco! ¡Vete!

Y erguía su garrido cuerpo amenazadora, hierática...

Él se retiró, paso a paso, diciéndole firme y tristemente:

— ¡Está bien, adiós! Gloria de Zaragoza, jamás volveré a mendingarte amor. ¡Yo también lo juro!

Cuando salió, Gloria se arrojó al diván sollozando y apretando entre sus manos convulsas el crucifijo, lo besaba con unción; bien había dicho Germán, ella también lo quería; pero en su alma, educada en sólidos principios religiosos, pesaba demasiado el “Santo temor de Dios” y el dulce y triste recuerdo de su mamita Lupe, para violar el solemne juramento.

Además, viéndolo sufrir a él, sufriendo ella misma por aquel amor imposible, le parecía justa la expiación, que ambos pagaran

ese tributo de dolor por el enorme pecado cometido. Sobre todo, se figuraba que ese sufrir era como una íntima vindicación ante el buen padre ofendido. ¿Qué otra cosa podía ofrendar ya, ante las nobles canas deshonradas, que su llorar silencioso y su sincero arrepentimiento?

¿Cómo arrojarse en brazos de aquel amor culpable, sabiendo que su “Dady Fedo”, como ella le llamaba de chiquita, estaba solo y enfermo, sin querer ver ni hablar a nadie, roído por la pena y humillado por el deshonor, y ya sin más expectativa que la muerte, en su inabarcable desolación?

¿Cómo dejarse arrastrar por el maleficio, por los espejismos del placer, olvidando a Dios y el sepulcro de su madre, y todas las cosas santas que la habían enseñado a venerar y veneraría siempre? ¡No! ¡Una y mil veces no! y ¡mientras más sufriera, mejor! Era un descargo para su remordimiento sin límites.

...Y anegada en lágrimas seguía besando el crucifijo, el que a ratos se llevaba al pecho...

IV

La Fiesta

California ama la tradición hispánica más que ninguna otra región de América. Allí todo lo "spanish" tiene para la gente un tinte encantador de romance y de leyenda. Las ciudades próceres, como San Diego y Santa Bárbara, se ufanan por sus construcciones coloniales, por sus monumentos y parques que consagran los nombres de ilustres navegantes, férreos conquistadores y santos misioneros: Cabrillo, Balboa, Cortez, Junípero Serra, etc.

Las "missions", que, dicho sea sin pasión ninguna, cualquiera de ellas, como joyas arquitectónicas, son inferiores a las mil iglesias que exornan el territorio mexicano, y a las que, salvo dos o tres, nosotros ni caso les hacemos, son objeto por el pueblo californiano de una veneración especial, puede decirse que más en el sentido artístico y tradicional que en el religioso. *

Los equipales y ajuares de tule, con respaldos de tablas pintarrajeadas, decoran como cosa preciosa las mansiones de los millonarios, así como los marcos de tosco tallado que encuadran cualquier santo mal hecho o rostro enjuto de algún viejo hidalgo, antiguo poblador de esta hoy "tierra de promisión".

Todos los nombres españoles de lugares y ciudades son conservados con celo, y la gente, al pronunciarlos, se saborea como si estuviera gustando un dulce.

Nosotros creemos que hasta en España se ignora este ferviente amor filial de tan bella hija, y acaso la más olvidada; este culto de California por "the old spanish".

En cambio de México, allí ni quien se acuerde para rendirle algún tributo de admiración a su constante luchar por la libertad, a su eterno gesto heroico y a su indudable superación espiritual de pueblo generoso, hospitalario y artista.

Existen individuos a quienes tan poco les preocupa lo que México pueda ser, que como lo que conoce de él es Tijuana, se imagina por una sui-géneris asociación de ideas que todo el resto debe de ser lo mismo.

Cuando en California se trata de celebrar algo con boato y distinción se hace "La Fiesta", que es como si dijéramos el colmo del refinamiento y el buen gusto: se adornan los salones o jardines con banderolas y farolillos, se preparan unos trajes, dizque de modelo colonial, que son una mezcla de charro, curro y chispero, los de hombre; de china poblana y de manola, los de mujer; se tocan con unos sombreritos redondos orlados de madroños, y se baila al son de "La Paloma" y "La Zacatecana".

* * *

La Fiesta, que con fines caritativos se organizó en el "Auditorium" y jardines adyacentes del Parque de Balboa, estaba en su apogeo. Había romería, barracas con distintos atractivos: rifas de juguetes, neverías, puestos de "hot dogs", ruedas eléctricas, tiros al blanco. Las rubias "girls" manoteaban gozosas cuando hacían rodar de certero disparo un pato de madera, ñ obtenían en la ruleta un "cupid" de yeso de mofletes colorados y ojos increíbles.

El grandioso coliseo, lleno a reventar de selecta concurrencia, presentaba un aspecto feérico: miles de foquillos como luciérnagas multicoloras brillaban entre la arboleda circundante. Poderosos reflectores concentraban su blanca luz en el proscenio, donde se destacaba como centro de atracción y encanto la elegante y esbelta figura de nuestra Gloria de Zaragoza, tocada propiamente a la antigua usanza española. Su dulcísima voz de soprano hendía el ambiente entonando una sentida canción de la tierra mexicana, acompañada por el potente órgano, que descomponía en armónicos e inspirados matices la tierna melodía: "Pajarillo, pajarillo... pajarillo barranqueño...".

Cuando terminó su número, en medio de atronadores aplausos y una tupida lluvia de flores, el capitán Sir Richard Wehymán,

de la Real Marina de Inglaterra, cumplido y gentil caballero, se adelantó a besar su mano y rendirse a sus pies, disputando el honor de ser su chambelán y poniendo humildemente a su disposición un soberbio Rolls Royce para conducirla a su domicilio.

Era un marino-poeta, él había estado en España, como en todo el mundo. Conocía Cádiz, Sevilla, Córdoba, Granada; su alma estaba infiltrada de todo el hechizo de la tierra andaluza. Le dijo que “La Maja de Goya”, que él admirara en el Museo del Prado, en Madrid, era una vendedora de “churros” comparada con ella.

... Sentada a su lado, mientras él tomaba el volante, veía al tenue claror de las estrellas su distinguido perfil. Tenía porte de príncipe, debía ser cuando menos vizconde de alguna linajuda familia inglesa, de ésas que figuraban en los libros de Walter Scott y Carlos Dickens, y que tanto la hicieron soñar en su adolescencia.

El auto se deslizaba raudo. Sir Richard, atento, le brindó un poco de licor de una preciosa cantimplora de oro. En un inglés muy puro y que ella no estaba acostumbrada a escuchar, le narró la magia de sus viajes: le habló de los lagos de Escocia con sus aguas azules y sus negros cisnes silenciosos; de Stambul y del recogimiento de sus embalsamados jardines, rematados por los altos minaretes de los palacios moriscos; de los santuarios de arte de Italia y Francia, insistía en que sólo en el rostro de ella había una expresión más sublime que en el de la Gioconda de Vinci; de las fuentes de Roma, de las ruinas de Pompeya, de los misterios de Oriente, de los placeres de París...

El paseo se iba prolongando bajo el cielo estrellado, a lo largo de la costa, ante el mar rumoroso...

Gloria estaba transformada, contenta por primera vez después de tres años. Las gratas emociones de aquella jornada inefable: el éxito artístico, los aplausos, las flores, las músicas; las canciones mexicanas que ella cantó con toda su alma, sintiendo la nostalgia de una patria que no conocía, pero que amaba con la vehemente fuerza de su temperamento; y por último aquel

“ride” con el noble inglés, que hablaba de cosas tan bonitas y lejanas. Se sentía como embrujada, desplazada de la realidad hacia un país de maravilla. La cantimplora de oro besó varias veces su boca... Un grato calor la hacía languidecer... De pronto, un desfallecimiento le trajo en tropel viejos recuerdos: “Tijuana”, “Germán”, “amor”.

... Se estrechó al pecho del marino, cerró los ojos, y sintiendo que el automóvil se detenía, una miel deliciosa vertióse en sus labios y en su alma...

V

¡Resurrexi!

Gloria no regresó más a la casa de sus primos, a la pintoresca Villa de Coronado, donde en medio de la rústica y apacible tranquilidad fuera restañando lentamente las profundas heridas de su espíritu.

El Capitán Wehyman, locamente enamorado de su “linda perla mexicana” encontrada en California, se la llevó a su barco, el que por razones del servicio estaba anclado en la rada de Ensenada, Baja California.

Ella, sin olvidar al otro, “al gran culpable”, se sentía atraída hacia aquel “gentleman” pulcro, guapo y fuerte, que la mecía como a una criatura en sus brazos de atleta, decorados por raros tatuajes.

La juventud y la vida triunfaban al fin sobre todos los propósitos de renunciación al cabo de tres años de intensa lucha interior, durante los cuales su amor por Germán había crecido hasta los límites de la obsesión. No lo volvió a ver jamás. Él también sabía cumplir su juramento. Vagamente le llegaron noticias de que se había unido a uno de los endémicos movimientos revolucionarios de México y que, vencido éste, Germán no se quiso rendir, quedando, en calidad de verdadero bandido, en merodeos por pueblos y rancherías de la sierra de Baja California.

De su padre, cuyo culto ardía en el pináculo de su corazón, sabía que se encontraba aparentemente bien de salud, pero que continuaba hosco y retraído, y resuelto a mantener su decisión de no volver a verla nunca.

Verdaderamente sentía haber dejado el hogar de su prima Amalia, la que, junto con el esposo, fueron para ella tan gentiles y humanos al brindarle abrigo y afecto, precisamente en los momentos culminantes de dolor y desesperación, cuando todo y

todos se volvían en su contra. “¿Si ellos no la hubiesen acogido y reconfortado en aquella época cruel, qué habría sido de ella?” “Su gratitud sería eterna”.

Cuando en la paz de aquella casa, entre las delicadas consideraciones que se le guardaban, deslumbrada por los fantásticos crepúsculos que se contemplaban en todo su iridiscente magnificencia desde la terraza enflorada que, coqueta, se asomaba al mar, fue olvidando poco a poco su tragedia, se había propuesto prolongar tan tranquila existencia para siempre, rindiendo tributo secreto a su quimérico amor por Germán, “el odioso adorado”, y al padre huraño que la idolatraba; mas no sabía perdonar...

... Pero, la savia de la vida tenía que romper el dique de la voluntad en el primer momento oportuno, y éste se presentó la noche de “La Fiesta”, con el cielo estrellado, la cantimplora de oro y el marino-poeta...

VI

Los blasones de Sir Richard

El Capitán Sir Richard Wehyman, de la Real Marina Inglesa, con su porte de “milord” y sus refinados modales, no era más que un audaz “bootlegger” y un empedernido consumidor de “whiskey” y “gin”.

Desde su airoso “yatch” The Blue Bird, pintado en “camouflage”, simulando el oleaje y el tono azul-gris del horizonte, como se hacía cuando la guerra para escapar de los submarinos, este pirata moderno dirigía una vasta organización de contrabandistas de licores y drogas estupefacientes.

Fue de lo que se enteró Gloria al quedar instalada como una sultana, entre genuinos tapices y sedas de Oriente, en la gran cabina de la nave aventurera.

El Capitán Wehyman, quien a pesar de la no muy limpia ejecutoria de su arriesgada “carrera”, como él solía decir, sí era hombre de nobles sentimientos y brillante imaginación, se enamoró locamente de la bellísima mexicana, en la que supo estimar las grandes prendas de su temperamento racial, aparte de las perfecciones de su rostro de “madonna” y sus formas de estatua.

La convirtió en su ídolo: la cubrió de joyas raras y costosas, le obsequió exóticas túnicas y kimonos de telas sutiles y bordados magníficos, coleccionadas en sus viajes por Persia y el Japón. Dos criadas negras, como en una historia de Scherezada, le ungían el nítido cuerpo con esencias de París, y quemaban a sus pies, en un pebetero de plata cincelada, mirra y cinamomo; en tanto ardía, y la diosa se iba envolviendo en un velo de vapor perfumado, tenue, azulino, le abanicaban levemente con plumas de avestruz y le brindaban en bandejas de oro licores y golosinas.

Hizo que toda la tripulación la jurara como Capitana. Había que

ver aquellos seres rudos, lobos de mar con almas buriladas por el peligro, cuadrarse ante la delicada criatura, como si estuvieran pasando revista ante el Primer Lord del Almirantazgo. Alguno guiñó el ojo con malicia, seguramente pensando que sólo por pura broma podía estar en aquel papel quien había concurrido a festejos tan sonados como los combates del Shagerrac y las Islas Fackland. “¿Cómo? ¿The Blue Bird capitaneado por una mujer?, un barco heroico que veinte veces se ha cambiado bombones con las cañoneras de la U.S.N.”? A otro, bajo el pecho velludo y tostado, le picaría el deseo: “¡Vaya langosta que se come el Capitán!”. El viejo timonel John, el de la pipa inseparable en sus labios curtidos, lanzó un gruñido: “Esta italiana nos traerá mala pata”.

– ¿Qué mascullas, viejo desalmado? –le interrogó Wehyman entre colérico y bromista.

– Nada, presiento un fuerte temporal, mi Capitán.

– ¡Ignorante! ¿No ves el cielo limpio, diáfano?

– El nuberío se arremolinará después, mi Capitán.

– ¡Qué sabes tú...!

El grumete lanzó el toque de atención; la bandera de guerra: una calavera roja sobre paño negro, como la de los antiguos corsarios, fue izada hasta el palo mayor. Luego, marcha de honor... y toda la marinería desfiló ante la linda capitana.

Ella, poseída de insólita emoción, permanecía de pie saludando militarmente, en tanto el viento jugueteaba con sus brunos rizos.

VII

Por tierras de la patria

Al nuevo comando, se le ocurrió ordenar un viaje de placer por todo el litoral de las costas de México, hasta Acapulco, que Gloria ansiaba conocer. Visitaron Mazatlán, Manzanillo, donde abordaron el ferrocarril para Guadalajara, tierra de sus mayores. Al llegar, él le dijo galante y convencido: “la única y verdadera Perla de Occidente eres tú”.

Allí, tomó el capricho por decorar un camarote en estilo mexicano, y esto fue adquirir preciosidades del arte vernáculo: sarapes de Saltillo y Oaxaca con matices de vivos colores y dibujos de códice; arcas, repisas, trasteros de Olinalá, que son un trasunto de aquelarre con sus gatos, salamandras, lagartijas y machos cabrios en rojo y negro; jícara floreadas en laca michoacana; y alfarería y esculturas de San Pedro Tlaquepaque.

— “Wonderful Country” —exclamaba Wehyman, cada vez que Gloria le mostraba, entusiasmada como una niña, algún nuevo producto del arte nacional o un ramo de ricas flores de los jardines tapatíos. Y subrayaba la frase con un beso largo y profundo, como pretendiendo absorber, a través de la boca fresca y perfumada, el aroma de todas las flores y demás encantos del país...

Al cabo de unos meses de aquel vivir de cuento, rodeada de todos los refinamientos y halagos, con aquel cambio brusco de costumbres, en el apoteosis de la salud y la hermosura, el alma de la mujer se abrió como una gran flor de ventura, al lujo y al placer...

Casi nada quedaba ya de la muchacha temperamental y alegre, pero romántica y religiosa, del Internado de Madres de Santa María, ni de la amargada mujer que, durante tres años, paseó su melancolía en Coronado, añorando un amor imposible y creyendo que con su perdida virginidad se había ido toda la

dicha de la existencia. Apenas si dos cosas le punzaban aún, recónditamente: “¿Germán, que sería de él?” y “¿su padre?”... siempre una lágrima venía a sus ojos...

VIII

Las operaciones de la banda

La banda de Wehyman operaba en gran escala en el productivo negocio de introducir vinos, opio y otras drogas a los Estados Unidos, dotada de todos los implementos que la civilización contemporánea ha puesto en manos de la delincuencia: barcos, aviones, automóviles, motocicletas, y todos estos medios de transporte equipados con eficaz armamento para los “casos especiales”. Tal fue la explicación que Wehyman dio a la Capitana cuando le fue mostrando la artillería del buque, las ametralladoras astutamente disimuladas entre la carrocería de los coches y camiones y bajo las alas de los aeroplanos.

Por otra parte, el don de mando que caracterizaba al Jefe, había conseguido instituir entre todos los miembros de la banda un absoluto espíritu de disciplina y armonía. Tenía una intuición infalible para seleccionar a sus hombres y nunca contaba el haberse equivocado en lo que un sujeto pudiera dar de sí. De esta manera podía ufanarse de haber logrado reunir un núcleo perfectamente organizado, que obedecía sus instrucciones al pie de la letra sin reparar ante la cárcel, ni pestañear ante la muerte.

Lo que más halagaba en Wehyman su vanidad de verdadero capitán, era que nunca se tuvo que castigar a nadie por traidor, y no por lo duro de la sentencia: (pasaporte al otro mundo) según el estatuto secreto, sino porque la bajeza de la traición repugnaba a aquel grupo de gente maleante, pero valiente, y con determinados escrúpulos.

El Blue Bird, matriculado en Vancouver, donde radicaba la matriz de la poderosa asociación contrabandista, era aparentemente una embarcación inofensiva de recreo o comercio; pero para quien lo hubiese inspeccionado detenidamente se habría encontrado con un buque fuerte, ligero, revestido de una coraza de nueve

milímetros, y construido en compartimentos de acero para evitar o dilatar el hundimiento en caso de avería; armado con cañones ocultos de gran alcance en proa y popa, y dos filas de ametralladoras y pequeños morteros, hábilmente disimulados a babor y estribor. Ya más de una vez, y cuando algún guardacostas americano le marcó el alto pretendiendo registrarlo a pesar de navegar fuera de las aguas jurisdiccionales, tuvo que izar el famoso gallardete de la calavera roja y alejar a su importuno perseguidos a cañonazo limpio.

Este incidente, repetido con frecuencia, obligó a Wehyman a extremar sus precauciones, pues aunque intrépido marino, templado en la contienda mundial, sabía el peligro que entrañaba haber desafiado y burlado, con la escapatoria, a la orgullosa bandera de las barras y las estrellas. Acordándose de las astucias con que esquivaba en tiempos de la guerra el infame bloqueo submarino impuesto por el gobierno alemán, pintarrajeó su “pájaro” en “camouflage”, le modificó la arboladura, procuraba navegar en la oscuridad, con las luces apagadas y desviándose enormemente de las rutas anteriores, y nunca dejaba puerto sin antes mandar un avión que le explorara ampliamente el litoral.

Su base de operaciones era la Baja California, de allí la frecuencia con que el Blue Bird atracaba en Ensenada. Wehyman se aprovechaba de la poca vigilancia que se ejerce en la costa del Distrito Norte para desembarcar su carga prohibida, así como de los naturales campos de aterrizaje que presenta la sierra en sus valles y hondonadas para despachar sus misteriosos pájaros de acero que, como un ave a su polluelo, llevaban al sediento pueblo americano los deliciosos néctares que acarician el paladar y solazan el espíritu.

IX

La Capitana

Un silbido rasgó la negra noche a través del Océano silente. El vigía, atento, agitó una linterna que se encendió y apagó con rapidez. Del otro lado también contestaron con señales luminosas y un chapotear de remos se fue acentuando en la sombra, hasta que una voz gritó en uno de los flancos del Blue Bird:

- ¡Listos! A la carga.
- ¿Contraseña?
- Cañada-Baja.
- ¡Bien! Esperen.

Se abrió la escotilla de la bodega y por una rampa tendida desde allí hasta el fondo del bote se fueron deslizando cajas y barriles.

- ¿Completo?

Alguien contó hasta cuarenta y siete, mientras las lámparas eléctricas ojeaban el cargamento con su pupila voltaica.

- Faltan tres.
- Allá van.
- Bueno, ¡hasta otra vista!
- ¡No! ¡Aguarden! El Jefe va con ustedes.

Gloria, que acodada en la borda había presenciado la interesante maniobra, se empeñó en acompañar a los del bote obedeciendo al natural instinto femenino de curiosidad y a su afán característico de experimentar nuevas sensaciones cada vez, que en ella superaba a cualquier idea de riesgo o sentimiento de temor.

- ¿Vienes conmigo “darling”?

Wehyman que tenía sus genialidades y que estaba muy a su gusto tendido en una silla de cubierta saboreando el ginebra de su grata cantimplora, le repuso:

- Será mejor, mi Capitana, que su segundo se quede a bordo,

confiando en que el valor y la pericia de usted sacarán avante la expedición.

No faltaba más que aquel tono burlón para acabar de decidirla:

— “¡Well, good bye!”

No causó poca sorpresa en los boteros la llegada del hermoso jefe.

— ¡Arranquen!— ordenó imperiosa, y el bote hizo remos hacia la costa, cuyos acantilados se recortaban en lontananza sobre el horizonte azul oscuro. Gloria se acomodó arriba de un barril, y sin dejar de acariciar la culata del revólver de que iba provista, el cual Wehyman le había enseñado a manejar dejando sorprendido al maestro por su certera puntería a las pocas lecciones, dio rienda suelta a la emoción que la embargaba por haber emprendido la aventura, cantando:

“En una noche de luna/nos encontramos tú y yo/
con el mar como testigo/ de nuestra inmensa pasión”

Y como si el prodigio de la melodía hubiese sido un conjuro, el disco argentado se fue asomando sobre los picachos de la sierra, que se dibujaban con toda claridad. Los tripulantes escuchaban hechizados. El bote daba tumbos y el chasquear de los remos acompasaba la cadencia:

“En el rumor de una ola...”

Cuando Gloria regresó, después de haber dejado en tierra el cargamento hasta cerciorarse de que se depositaba en los camiones de “la empresa”, sentíase ufana. Con aquel lance parecíale que su personalidad se afirmaba, que salía de la insignificancia para ser “alguien”. Ya no era la muñequita mimada a la que todo se concedía por fina y por bonita, ya era un miembro de la banda. Y una afición desmedida por la peligrosa profesión se despertó en ella, junto con el deseo de realizar verdaderas hazañas que sorprendieran a todos aquellos “braves”, que se creían leones, y a los que ya empezaba a considerar: “ni tan valientes”.

Desde entonces se transformó: ya casi nunca usaba prendas femeninas sino el uniforme blanco y azul de oficial naval inglés.

Se levantaba al alba, interiorizándose de todas las maniobras de la marinería. Descendía con frecuencia al cuarto de máquinas, quedándose extasiada ante el formidable funcionar de los émbolos que impulsaban la marcha del navío; a la cámara de los cañones donde, con maña, se insinuaba con los servidores de las piezas para que le mostraran el manejo del telémetro. Trató de que Wehyman la enseñara a emplear el sextante y la brújula y pasaba largo tiempo ante las cartas de navegación. Convirtió la natación en su deporte favorito, arrojándose a las olas en alta mar, intrépidamente, sin reparar en los tiburones que son tan dados a seguir a los vapores.

Insistió con Wehyman en que la entrenara en manejar un avión, llegando a ser mensajera personal de un valioso cargamento de opio que debía entregarse al corresponsal de Nevada, teniendo que volar a doce mil pies para cumplir su cometido.

Por otra parte procuraba atraerse la amistad de “sus hombres”; se interesaba en sus asuntos, por sus familias, cuidaba de los enfermos, vigilaba la cocina para que la comida fuese agradable y abundante para todos. A veces, sobre todo cuando emprendían largas travesías a traer “género”, volvía a ella la artista, y ataviándose de manola, de china poblana o de “cowboy”, cantaba y bailaba para distraerlos.

Tal conducta le fue granjeando la simpatía de toda la tripulación, ya que se sentía honrada en considerarla su “verdadera Capitana”. Sólo el viejo John persistía irreductible:

— Esta italiana nos traerá la mala ...

X

El "Birthday"

— ¡A la salud de nuestra valiente Capitana!— y Wehyman poniéndose de pie levantó la copa. Estaba ebrio, más de dicha que de vino. —¡A beber todos por ella! ¡Por su sangre de diosa azteca! En la que cada burbuja es un fermento heroico— e inclinándose al oído de Gloria completó la frase: “y de amor...”

— ¡Hurra! ¡Bravo!— aplaudían los comensales.

— ¡Hurra! ¡Hurra!— coreaba bulliciosa la marinería en las otras mesas.

Chocaban los vasos, fluían las risas y las bromas picantes, y los taponazos del “Champagne” estallaban en el ambiente sereno de la tarde como salvas de alegría.

Se celebraba el “birthday” de la Capitana. El banquete se organizó sobre cubierta; una mesa central para los anfitriones e invitados escogidos: aviadores, corresponsales y uno que otro funcionario “simpatizador y amigo” acompañados de sus “distinguidas familias”, como se les decía en las invitaciones que Wehyman hizo circular; otras mesas chicas para la tripulación y miembros de menor fuste: choferes, boteros, cargadores, etc., los que muy a sus anchas y en grupos aislados formaban sus pequeñas tertulias, y más que la Capitana, con aquel dulce brillo de sus ojos y sus dientes, les había explicado las razones de la separación: “No es por Richard y por mí, ustedes saben lo que nosotros les queremos, es por los otros, por los cursis que vienen”.

Una orquesta de “charros cantadores” y una marimba amenizaban el ágape desde un foro mexicano, improvisado al extremo de popa con los sarapes, yutes y petates, que Gloria adquirió en Guadalajara.

Estaban anclados en la incomparable “Bahía de Tortugas”. La

tarde iba cayendo. Era en agosto. El sol se hundía, cual un dios herido, poniendo un reguero de púrpura luminosa sobre el oleaje rielante. Pasaban en alto las gaviotas, como buscando acomodo en los mástiles de la embarcación, y sobre el horizonte anaranjado y azul, una vela se destacaba interrogante y solitaria...

La animación iba creciendo. En los corrillos de marineros, donde se veneraba a Gloria, no se hacía más que brindar por la Capitana y comentar su belleza y sus hazañas: “y con la pistola tú no te le pones a veinte pasos”, “dispara y nunca cierra los párpados”, “y de aviadora parece un águila, ¡qué vista! ¡Qué decisión para elevarse! Ustedes no la conocen, pero yo que he volado con ella cuando vamos a dejar medicina”.

— Dame vino para hacerme la ilusión de que bebo “su sangre de diosa azteca”, así dijo el Capitán.— El hombre se saboreaba, entrecerrando los ojos como para mejor retener las voluptuosidades que se imaginaba.

— ¡Vaya suerte del Jefe!

— ¡La suerte es de todos! Para cada uno tiene su caridad.

— Desde que ella vino se hacen comidas decentes.

— Ni mi madre me curó con más cariño, cuando el pelotazo aquel que me regalaron “los secos”.

— Y qué temple de la chiquilla ¡Viva mi Capitana!— El individuo se subió en la mesa y agitando los brazos lanzó un grito estentóreo:

— ¡Viva nuestra Capitana! ¡Gloria de gloria...s!

— ¡Viva!

— ¡Viva!

Y al mismo tiempo se encendió el alumbrado eléctrico, el que distribuido en guirnaldas y festones por todas partes, desde lo alto de la envergadura hasta la orilla de la borda, daba un aspecto fantástico al navío.

A partir de aquí la algarabía fue indescriptible. Nadie se entendía; todo eran gritos destemplados, descorchar y rodar de botellas, romper vasos. El hombre cuando se alegra es más bestial que cuando se enfurece.

Hasta John, el viejo timonel, que había empinado el codo más

de la cuenta, se sonreía bonachón y optimista, olvidando de momento sus fatales presagios.

Los músicos no cesaban de tocar, y los sones mexicanos, las emotivas canciones foclóricas eran coreadas en distintos idiomas en un chapurreo inconcebible.

— ¡A bailar!

— ¡A bailar!

Fue iniciativa de la gente “gorda”, y las mesas, con todo y los bebedores derrotados, fueron arrimadas a empujones y puntapiés. Brincaban y vociferaban; a falta de mujeres bailaban uno con otro.

Las notas de la marimba, combinadas con la espuma del “Asti” y el “Cliquot”, convertían en una marmita las arterias sajonas. El grupo “bien” de la concurrencia, que se había aislado dentro de la herradura de la mesa central, ya no tuvo escrúpulos; se desbordó de repente a mezclarse con la turba de borrachos.

Y así las “girls”, en el vértigo de la danza y la embriaguez, pasaban muy a su gusto de los toscos brazos de un marinero a los de un chofer; se colgaban lo mismo al cuello de un fogonero que al del pinche de la cocina.

Gloria se multiplicaba. Todos querían disfrutar el honor de bailar con la Capitana. Ella ansiaba encontrar a alguien para consolidar el imperio de su simpatía. Se topó con él.

— John, mi jurado enemigo, ven a bailar.

El viejo no estaba tan ebrio para hacer el ridículo. Se levantó saludando marcialmente:

— ¡No! mi Capitana, no soy su enemigo. Que un tiburón me trague si no la quiero y admiro como el que más... pero...

— ¿Cuál pero?— Le decía muy cerca la carita audaz y graciosa.

— ...Las mujeres “salan” a los buques como éstos. En fin, ya veo, usted es otra cosa.

Una sombra de contrariedad pasó por la frente de Gloria.

— ¡Eh! a no decir tonterías y a beber por su Capitana, que en este día tan feliz no quiero escuchar nada feo.— Y se llevó al viejo consigo.

Wehyman, que no perdía su control cerebral a pesar de lo mucho que había bebido, fingíase estar “ahogado”, para así servir a sus intereses, espiando si algún solapado enemigo andaba revuelto entre las visitas. Ya un par de tipos, que se presentaron como cronistas sociales de un gran diario de Los Ángeles, se le habían metido entre ceja y ceja. También, y era más importante, descubrir a los falsos amigos que quisieran aprovecharse del desorden reinante y de su aparente inconsciencia para jugarle una trastada. “Ay de ellos”, y apretaba el puño como para triturarlos. “Pero, ¡quíá! Todos eran leales”. Más ya se sabía: “a él nunca lo encontraban desprevenido”. Siempre había que tener presente que en el norte existía un poderoso rival, Jack (El Rojo), quien nunca le perdonaría haberle quitado el consumo de los “speakeasys” de San Francisco. Y aunque se pactó un convenio de paz entre ambos, El Rojo era demasiado pérfido para fiar en sus promesas.

Para la madrugada ya nadie se hallaba en pie. Parecía haber pasado por el barco la onda catastrófica de un gas deletéreo que derribara a todos. Los músicos rodaron abrazando sus instrumentos; alguno se quedó dormido con una botella en la boca a manera de saxofón. Los marinos roncaban sobre los montones de lonas y cables. Las parejas matrimoniales y matrimoniadas se diseminaron por todos los camarotes y rincones. Gloria de tal elocuencia usó con John que terminaron clavados en la misma mesa. A Wehyman seguramente le hicieron beber “algo”, pues no obstante su cabeza de hierro y su firme propósito de conservarse alerta dormía roncando sin tino en el fumador.

De pronto, dos bultos se incorporaron del hacinamiento de cuerpos derribados por la orgía, atisbaron..., moviéndose con precaución se fueron segregando cautelosamente. Al llegar donde estaba dormido Wehyman le dieron un siniestro recado:

- De parte de Jack El Rojo— y le hundieron despiadadamente un puñal. Sólo se escuchó un corto estertor.
- Éste creyó que nos iba a atrapar.
- Era poco listo.

- Pronto lo dormiremos.
- Sí, gracias al “caldito” que yo le guisé.

- Bueno, al trabajo grande. Hay que acabar pronto— y se deslizaron por una escotilla al fondo del vapor. Cuando resurgieron una sonrisa infernal encendía sus rostros lombrosianos.

- El jefe quedará contento—. Saltaron a la canoa—automóvil que los había traído como invitados de honor y se alejaron precipitadamente.

... Al ruido formidable de las explosiones despertaron algunos. Gloria la primera. “¿Qué pasaría?”. Brincó entre sillas y borrachos buscando a Wehyman. Al entrar al fumador y verlo tendido en un charco de sangre, ya cadáver, pasó rápidamente por su cerebro la frase agorera: “las mujeres salan los buques...”. Se inclinó sobre el pecho del inglés, ya no latía. Lanzó un grito angustioso, desesperado, más bien fue un aullido de fiera herida. Como queriendo aspirar el último aliento del hombre que tanto la había amado, unió su boca a la del muerto. Y mientras sus manos febriles acariciaban el exangüe rostro, la rubia cabeza, se insinuaba borrosa en su mente una esperanza: “si aún viviera”... “con un soplo es suficiente...”. Le susurró en el yerto oído frases que no escuchamos. Tal vez fue una promesa. El muerto pareció entender; se le fueron cerrando los ojos lentamente, ocultando su escalofriante mirar vidrioso...

Ya había cundido la alarma. El Blue Bird, agujereado en sus dos extremos, con el departamento de máquinas y las bodegas inundadas, se hundía irremisiblemente.

El pánico sacó a todos de la dulce borrachera a la pavorosa visión del naufragio. Todavía restaba alguno que lo tomaba a broma suponiendo un número de la fiesta, una sorpresa digna de Wehyman; pero poco tardaban en salir de su error y entonces corrían despavoridos, asaltando a empujones los botes y arrebatando salvavidas.

Por fortuna la costa estaba cerca y el sistema predictor de compartimentos en que se encontraba construido el buque retardaba el hundimiento.

John dirigía el salvamento, no le tomaba de nuevo; más de una vez se había visto en trances peores. Se proveyó a todos de chalecos y ruedas flotantes, principiando por las damas por si no alcanzasen. Se maniobró con pericia y calma en el descenso de los botes y ninguno se volcó, lográndose la salvación completa de los náufragos sin incidentes ni grandes sobresaltos.

... De uno en uno, sobre el mar que era un espejo, a la incierta claridad del amanecer, fueron acercándose a tierra los pequeños esquifes. En tanto, el Blue Bird daba su última cabezada y se perdía bajo las olas.

En un bote, solos, con el cuerpo inerte de Wehyman, iban Gloria y el viejo John.

XI

“Tijuana In”

Se corría el “handicap” en el Gran Hipódromo de Aguacaliente. Distinguida concurrencia henchía las tribunas y terrazas del “Jockey Club”. Lo más granado de la aristocracia del dólar se daba cita en “America’s Deauville”, “In old México”, según rezaba la propaganda de los empresarios. \$ 140,000.00 para el ganador.

Más de diez mil automóviles habían pasado la frontera, conduciendo turistas de toda la Unión Americana ansiosos de presenciar el sensacional evento. Las apuestas cruzadas montaban a millones. El ambiente estaba como electrizado por la inquietud de los jugadores. Los nombres de los caballos saltaban de boca en boca: “King Edward”, “Ray”, “Tijuana”, la favorita, junto con sus biografías y su árbol genealógico.

En tanto se acercaba el momento supremo, se refrescaban las gargantas reseca y apaciguaban los nervios excitados con sendos “cocktails” y “whiskey and soda”.

Bajo el dosel multicoloro de la terraza principal, frente al “Grand Stand”, una mujer llamaba la atención por su elegancia y hermosura, despertando casi tanto interés como la próxima carrera. Un bello contraste era el de su traje gris—perla orlado de piel con el blanco mate de su cutis, y el de la negrura insondable de sus ojos de gitana con el brillo cintilante de los pendientes que, entre los rizos del pelo, adornaban sus oídos como dos estrellas.

- ¿Quién es?— se preguntaban unos a otros.
- “Tijuana in”— respondían los más enterados.
- ¡Raro nombre!
- Pero, ¡bellísima la dueña!— alegaba el entusiasta interlocutor— mujer imantada, radiactiva, que subyuga con sólo verla una vez.

Es de las que, sin mentir, puede decirseles: “mi vida por un beso”.

El que hablaba era un periodista de la capital, que había quedado prendado de la misteriosa aventurera desde el día en que la conoció. Fue bajo los arcos de la “Sala de oro” en el Casino. Ella apostaba crecidas sumas a la ruleta con un azar obstinadamente adverso. Él, cautivado, se le plantó enfrente, admirándola, sin reparar en si perdía o ganaba; pero a la linda jugadora se le figuró que la insistente mirada de aquel tipo le traía mala suerte y no pudo retener la frase:

— ¡Qué antipático!

— No sabe usted cuánto me alegro de serlo, pues a ello debo que a usted se le ocurra ocuparse de mi insignificante persona, aunque sea para motejarme. De usted hasta el desprecio es grato.

— Ha sido una broma— contestó ella arrepentida —quería averiguar si entendía usted español, tenía duda, dispense— y se volvió a engolfar en sus apuestas al “rojo” y al “36”. Él se pasó discretamente a la mesa del “black jack”, respetando la superstición gitanesca de la jugadora.

De entonces databa el interés que en el espíritu de Rodolfo del Llano se despertara por la preciosa “Tijuana in”, y se valía de cualquier encuentro para soltarle piropos, y de toda oportunidad para elogiarla en voz alta, a fin de que las frases galantes llegaran, como pájaros de seda, a acariciar ciertos oídos sonrosados. Presto estaba siempre a inclinarse a su paso y rendirle el sombrero hasta los pies, como un caballero de los tiempos de Cyrano.

A él qué le importaban las historias truculentas que se contaban de la aventurera: episodios de sus correrías con “bootleggers” y bandidos, de donde se le había aplicado el simbólico nombre: “Tijuana in”. Se le achacaba ser jefe de una banda de contrabandistas. Se narraban sus aventuras temerarias, sus astucias ingeniosas para burlar a los agentes de la “Dry Law”. Se decía que nunca más podría entrar a los Estados Unidos, pues para vengar viejos agravios había seducido a un famoso “racketeer” a quien durante un paseo en auto apuñaleó como a

un cerdo, arrojando el cadáver a una barranca del camino. Y que si osaba pasar al “otro lado” la policía americana la hospedaría galantemente en “San Quintín”, de cuyo famoso hotel se había largado en forma rocambolesca, después de liquidar a un guardia y sin pagar la cuentecita de treinta años a que era deudora. Hasta se añadía que hubo una fricción diplomática porque las autoridades de México no concedieron su extradición.

Pero, ¿qué significaba para un artista como Rodolfo el que se comentara con acritud aquel vivir borrascoso, si plásticamente era la “diabólica” una hechura de Fidias vestida por Patou, si algo muy intenso y muy recóndito se traslucía en sus cambiantes pupilas y en el mohín de cansancio y hastío de la boca carnosa y sensual?

Además, no se trataba de una vulgar vendedora de caricias, de una rampante meretriz que se entregase a cualquiera, sino de “una mujer de alma y de mundo”, así la definía él; también: “un prototipo del sexo”, “un corazón inductivo que no encuentra su polarización” (“frase eléctricamente cursi”, según comentario de un guasón).

Él desafiaba al que se ufanaba de haber obtenido sus favores:

– ¡A qué no! ¡Nadie! ¡Entonces por qué hablan? ¿Por qué babean, inmundos reptiles?

– “Que bebía como una cuba”... “que jugaba hasta la camisa”.

– Ésos son inocentes pasatiempos— asentía en tono zumbón los impertinentes.

– Qué saben ustedes idiotas! si eso es por curar hondos males de amor?

– ¡Para todo mal mezcal!

– ¡Para todo mal mezcal!

Y el copleo se hizo canallesco, insoportable. Ya no pudo aguantar, y para no ponerse en ridículo abofeteando alguna de aquellas bocas insolentes, se alejó del corrillo, cada vez más firme en su concepto: “se trata de una incomprendida, de una super-hembra”. Y se decidió a comprobarlo, acercándose a

entablar franca conversación con la enigmática mujer.

— Hermosa tarde de carreras... ¿Ha apostado usted mucho?

— ¡No! Qué va, diez mil solamente.

— ¿Por quién? ¿Se puede saber...?

— ¡Vaya pregunta! por “Tijuana”, la favorita, mi tocaya. ¿No sabe que así me dicen? No, más bien dicho, así me llamo, otra vez tuve otro nombre; pero eso fue hace mucho —y se quedó pensativa, mientras sus manos tomaban casi instintivamente la copa de “highball”— ¿qué gusta tomar?

— Lo mismo que usted, muchísimas gracias—repuso afablemente, sentándose con aplomo.

No necesitaron llamar al camarero. Ya estaban en la mesa, previsoramente colocadas: copas limpias, una botella de “Scotch”, agua de soda. Ella le sirvió gentil y sonriente y volvió a llenar su copa. Él la contemplaba con vivo interés, la desnudaba con la imaginación, la ansiaba con el alma...

— Por el triunfo de “Tijuana”, ¡la yegua de raza!

— Por “Tijuana in”, ¡la mujer incomparable!

En ese instante sonaron las trompetas y magnavoces anunciando el “mexican derby”, haciendo reventar la emoción contenida de la multitud, que estalló en un aplaudir y gritar delirante. Los caballos, finos y nerviosos, fueron saliendo de uno en uno montados por “jockeys” “peso de mosca”, que los paseaban con orgullo frente a las tribunas restirando las bridas y las piernas, circunspectos y tiesos, tal si fuesen monigotes de madera. Después se iban alineando en correcta formación. Los jinetes eran solicitados por la fraseología melosa de los apostadores: “Si pierdes me asesinas, he jugado por ti hasta los zapatos”. “Ahora o nunca ¡Harry!”. Alguien, más práctico y conocedor de la psicología de los corredores, gritaba: “Cinco mil dólares si sales adelante, fíjate en mí, ¡va en serio!”. Y los elogios y las promesas imposibles se multiplicaban, cristalizando la ansiedad y ambición del enorme concurso de fanáticos de la apuesta. Las mujeres les enviaban besos con los dedos primorosamente manicurados.

“Tijuana” salió al último, lentamente manejada con elegante destreza por Whitney, el “jockey” de veinte mil dólares. Era un hermoso ejemplar de yegua inglesa. Su piel color canela, surcada de gruesas venas, reverberaba al sol. Mientras avanzaba majestuosa, paso a paso, a tomar la línea de carrera, recogía el cuello garbosa, tascaba el freno inquietamente con el hocico espumoso y dilataba, resoplando, las negras narices, cual si olfateara un peligro.

El entusiasmo llegó al colmo, el aplauso se hizo atronador, interminable... para dar paso, de pronto, a un silencio absoluto al sonar la campana que avisaba la salida... Ya sólo se oyó el sonoro golpear de los cascos sobre la pista y se vio alejarse en semicírculo el grupo de caballos, que partieron disparados como en una carga militar. Entre la nube de polvo en que iban envueltos, distinguíase a los jinetes azotar de continuo en las ancas y aligerarse en los estribos, pretendiendo hacerse ingravidos, alados... En tanto, las pupilas brillaban inquietas tras de los prismáticos de gran alcance con que se seguían las peripecias de la grandiosa pugna hípica, y los pechos hacían un movimiento de fuelle bajo las toaletas de seda y los chalecos de corte inglés.

— Se mancó “Tijuana”. “La favorita quedaba descartada”. La desoladora noticia como un veneno corrosivo mató las ilusiones de la mayoría, que “estaban seguros de ganar”. Ya todo se puso triste, gris. Hasta el espléndido sol se escondía, fingía alumbrar un entierro... El desencanto amargaba las bocas y las sospechas empezaron a insinuarse: “era una fullería”, “aquello no era posible”, “ganar aquel penco deslucido”; y la voz dominante: “¿en poder de quién está el papel ganador?”. “Un robo de cuatro millones”, “Wonderful Aguacaliente”, “land of thieves”.

Los tahúres hicieron su agosto. La gente, excitada, enfurecida por el timo de que se suponía víctima, pretendió desquitarse en la ruleta y la “veintiuna”, y rodearon las mesas de juego cubriendo materialmente de billetes los paños verdes, por los que pasaba la raqueta de los talladores como una hoz, haciendo una cosecha fabulosa.

"Tijuana in", a la que dejamos brindando con Rodolfo del Llano al iniciarse la carrera, fue arrastrada por el mismo sentimiento de indignación y ahora la encontramos jugando golpes de quinientos dólares al "rojo" y al "negro" en el "Club House". Sentíase abatida, humillada, no por la cantidad perdida, eso lo había hecho muchas veces, sino por el fracaso del animal que ostentaba su nombre, era una herida en su amor propio. "¡Ah! ¡Los bandidos! ¡Ya se la pagarían!"

...Seguía perdiendo, aquello era un error interminable. La loca bolita de marfil parecía magnetizada, siempre se incrustaba en el número vacío, en el color contrario, ya había agotado su libreta de cheques. Rodolfo no jugaba, pero fue instado por ella a sentarse a su lado; se sentía pesaroso, creía ser cómplice de aquella derrota. Decididamente, dada su nula afición por el juego, ejercía una influencia nefasta sobre todos los que apostasen cuando él estuviera presente.

— ¡Me voy! —dijo rotundamente, levantándose de súbito— no hay remedio, soy su "jettatura", le ofrezco no volver ni a saludarla.

— ¡No! ¡Espérese! Si yo pierdo siempre. No es usted, soy yo, este dinero maldito que está condenado a escurrirse entre mis dedos.

— ¡Vámonos! — Se apoyó en su brazo. Estaba rota, desarticulada, como una hermosa muñeca a la que se le hubiesen saltado los goznes.

Afuera se había hecho la noche. Una fina llovizna barnizaba el suelo, las copas de los árboles y los capacetes de los automóviles, formando un fantasmagórico espejo, en el que se reflejaban las luces de los faros a través de sutiles hilos de agua.

Al aproximarse su coche y hacer Rodolfo ademán de despedirse, lo retuvo con la suave y perfumada presión de su brazo tibio:

— Venga conmigo, daremos una vuelta.

— Pero, es que acaso usted prefiera ir sola.

— ¡No sea tonto! ¡Venga! Me hace falta...

El chofer preguntó el derrotero.

— ¡Lejos! Muy lejos... a Ensenada—. Y en la cantarina voz temblaba una recóndita emoción.

XII

“Hotel Playa”

- ¿Y ese sublime momento que vivimos?
- ¡Sí! Pero, ya pasó...
- ¿Y el recuerdo?
- El recuerdo es una tumba. ¿Para qué asomarse al recuerdo? ¡Siempre es triste la vista de un cementerio! Es mejor el olvido: sentir y olvidar es la única fórmula de dicha. Y eso sólo está aquí —y levantaba el vaso.
- Tal vez tengas razón— pero inmediatamente, voces internas, instigadas por la sensación de haberla poseído, que aún cosquilleaba acariciándole la médula poderosa, le dictaron la protesta:
 - ¡Mentira! Eso es artificial, vacuo. Beber, ¡beber! ¡Atosigarse! Quemar en alcohol nuestro cerebro y nuestras vísceras para pescar al azar una ráfaga de alegría ficticia y morbosa.* ¿Eso es dicha? ¡No! ¡Dicha es amar intensamente! Abrasarse en una pasión hasta el delirio, consumirse en ella; dar la sangre, la vida; ligarse a otro ser con todas las ansias del cuerpo y del espíritu; unirse con fiebre divina dos bocas en la Tierra y dos almas en el infinito... Amar así es mi fórmula de dicha.
 - Y con los ojos parecía decirle: “Así te amo yo”.
 - Sí, es cierto; pero esa bella fórmula no se la despachan como la mía al tronar las manos y pagar medio dólar. Su maravillosa receta se paga con trozos de entraña y con dolor eterno, y esas monedas las he gastado ya. —Le hablaba de usted, como a un extraño, no reparaba en que toda la noche anterior había dormido entre sus brazos. La satisfacción de ese capricho estaba olvidada ya, como sus pérdidas en el juego y todas las locuras que hacía para aturdirse.
 - No, Gloria, te equivocas, ¡rebusca en el fondo de tu ser y verás

cómo todavía queda allí algún centavito con que puedas socorrer a este pobre que te adora! Que te quiere como jamás te habrán querido...

— ¿Jamás...? — Se quedó abstraída, pálida, viendo desfilar por su memoria los trágicos fantasmas del pasado, le parecía que todos llevaban en alto el corazón humeante, que se habían arrancado del pecho...

Estaban en el gran “hall” del Hotel Playa de Ensenada, en uno de aquellos estrados discretos de la suntuosa sala colonial donde las mullidas y rojas alfombras fingen tenderse para el menudo paso de la señora virreina y su corte de marquesas, y los enormes candiles de hierro forjado están hechos para alumbrar tiernos coloquios de pajes con damas de pelucas empolvadas, y graves conversaciones de odores que conspiran, mientras un fraile dominico hila su rosario junto a aquella alta chimenea tallada en roble.

Por las verjas de los amplios ventanales entraba el mar encordando su formidable “ritornello”. Una típica de bandurrias y salterios tocaba en el patio florido, poniendo un toque más de poesía en el ambiente evocador.

— ¿Será posible que no quede ya nada de aquella soñadora chiquilla de tus confidencias de anoche? ¡Esa Gloria de Zaragoza toda fuego! ¡Toda amor! Sensible y vibrante, que yo sentí desmayarse bajo mis caricias y elevarse como una magna ofrenda de la vida al reclamo de mis besos; ¿está definitivamente muerta y sólo cobró aliento para injertar en mi alma la simiente de una pasión infinita y fatal?

— ¡Sí! Esa murió hace muchos años...sí, siento el sepulcro aquí, en el pecho. —Y en su mente enferma se afirmaba la ficción, veía una lápida: “Aquí yace Gloria de Zaragoza”. —Ya no la busques, sólo queda “Tijuana in”.

— ¿Sí? Pues yo amo a “Tijuana in”. ¡Te amo a ti por ti misma! No me importa el pasado. Viciosa, criminal, como seas, ¡te quiero!; pero tú también quíereme, un poco...

— “Tijuana in” no quiere a nadie. Y no seas chocante, vamos a beber.

XIII

Vicio y amor

Bañada en todas las fuentes cenagosas del pecado, alimentada en las savias del vicio, era “Tijuana in” una soberbia flor de inconsciencia y de lujuria, arrebatada a los hombres con su hermosura maciza de amazona y su cara de rasgos perfectos, angelicales, tras los que sabían asomarse con picardía los siete diablillos que dan vértigo a los sentidos y degeneran el ánimo. Todas las incitaciones de la lascivia, todas las morbosidades de la carne fueron escanciadas por su espíritu inquieto, elevado como una antena de corrupción para captar cualquiera onda de espasmo y deleite.

Enfrascada en la orgía, era su anhelo único embriagarse, gozar, jugar, lucir.

En los festines que con frecuencia organizaba en su casa, una elegante quinta que se había hecho construir en una de las lomas que dominan el pintoresco valle, entre Tijuana y Aguacaliente, entregábase al frenesí de sus excesos. Bebía y bebía, bailaba hasta rendirse vestida o desnuda, le daba igual. Los velos del pudor hacía mucho que los había arrojado, hechos guiñapos, al basurero de la voluptuosidad. Sólo quería conquistar admiradores, y más que eso, olvidar, evadir la realidad.

No importaban las pasiones que engendraba ni los corazones que fueran triturando a su paso triunfal. Sentíase una espectadora de la película de su propia vida, las tragedias, ruinas y duelos que provocaba, apenas si las iba considerando como intensos cuadros que hacían más interesante el argumento. Sus fibras egoístas, curtidas en los halagos del placer, casi no vibraban ya ante el dolor de los otros. ¿Qué significaba que los hombres matasen o murieran por ella, como aquellos militares enloquecidos que, siendo fraternales camaradas, se convirtieron en jurados

enemigos desde que la conocieron, acabando por vaciarse mutuamente y a quemarropa las "45", entre interjecciones y blasfemias, en su propio jardín, al pie de sus ventanas, como en un romance medioeval?

¿Y todos los pasajes del escándalo de su vida turbulenta y licenciosa, cuando se hizo servir, en un banquete, dentro de una enorme concha de plata, surgiendo de entre las burbujas de "champagne" como Afrodita de la espuma de las olas, incitando a los convidados a que bebieran aquel líquido de oro, impregnado del nardo y la rosa de sus carnes magníficas?

A enredarse en el maleficio de esta diablesa blanca llevó a su sino a Rodolfo del Llano. Dos meses hacía de su primer encuentro, y la planta venenosa, exuberante, de una pasión irrefrenable, se había enraizado muy hondo en sus entrañas. En tan poco tiempo él mismo no se conocía; tan abajo descendió la cuesta del vicio que, él lo sabía, "era imposible ascender de nuevo". Todo lo que puede haber de estimable en el individuo lo sacrificó, como un fanático iluminado, a los pies de la diosa infernal. Hombre sobrio y culto, sabedor del daño que causan al organismo y al intelecto las drogas y el alcohol, entregábase a la práctica degenerante de emborracharse y "tronárselas" sólo por seguir en sus exaltaciones y desvaríos a la viciosa hembra, que lo tenía subyugado con su lascivia deletérea y sus besos ponzoñosos. Por alcanzar uno de ellos era capaz de todo: de la más grande acción y de la más vil.

Todos los valores quedaron descartados de su vida ante aquel amor: nada valían la salud, los mirajes de la riqueza, sus viejos sueños de triunfo, el afecto puro de su novia, el inmenso cariño de su madre, su misma dignidad de hombre. Sus voliciones no tenían más objetivo que saborear de vez en cuando, al capricho de ella, el manjar incomparable de la carne que adoraba. Todo por eso, por la voluptuosidad divina de poseerla un instante, cuando a ella se le antojaba. Entonces se sentía un dios de la mitología griega: Júpiter convirtiéndose en cisne para violar a Leda, o en lluvia de oro para llegar a los ocultos encantos de Danae.

La rara vez que la lograba le parecía que abarcaba el infinito: no había más allá; la quintaesencia de la dicha y la sabiduría estaba entre aquellos muslos votivos, en la boca de fuego y en los ojos abismales que, al entreabrirse en el espasmo, dejaban vislumbrar la solución de todos los enigmas, el acallamiento de toda la inquietud, el equilibrio perfecto del espíritu dentro del tiempo y el espacio...

A veces, cuando ráfagas de lucidez iluminaban su mente, sustrayéndolo pasajera y cautivadora, procuraba esgrimir su olvidado escalpelo y analizar con frialdad, como si emprendiera la autopsia de su propio cadáver, las causas y fases de aquella pasión invencible que le había anquilosado la voluntad, arrastrándolo, muy a su pesar, por todos los grados de la degeneración. “¿Cuándo hubiera él pensado llegar a amar así? Sentirse ligado a otro ser por mil hilos invisibles, pero más fuertes que si fuesen de acero; experimentar cómo nuestra esencia se ha mezclado a la del otro y la suya a la nuestra, al grado de sólo gozar en su gozo y pensar con su pensamiento al extremo de perder la significación de todas las cosas, para no más alentar en los deseos de aquella alma, compañera de nuestro viaje por espacios siderales, ignorados y portentosos...

¿De dónde arrancan las fuentes de estos amores tan ciegos y tan firmes, que todo lo perdonan, que todo se lo explican en beneficio de su dueño, que ponen piadoso manto de virtud al vicio, de valor a la cobardía y de lealtad a la traición?

“El hombre da su vida por el amor y cree no haber dado nada”, dice el cantar. Rodolfo había dado más: su médula estaba seca, sus vértebras crepitaban; con el cerebro desequilibrado, la voluntad rota y la dignidad perdida, no era más que un muñeco movido al capricho de la neurosis intensa de “Tijuana in”.

Resignadamente, así se contemplaba él mismo: un pobre pelele zarandeado sin consideración por la frívola mujer, “¿Hasta dónde iría a parar?” ¿Y el día que ella no quisiera verle más? Temblaba ante esta idea como el reo que sabe que será condenado a muerte,

pues a pesar de todo vivía satisfecho en aquel estado abyecto, arrastrando aquel amor lleno de complacencias, de capitulaciones, que socavaban su hombría; pero tenía que conformarse con el medroso y bajo papel de amante consentidor. Sólo acurrucado en esa actitud humilde podía esperar que la victoriosa le arrojase de vez en cuando, como a un perro hambriento, unas piltrafas de caricia. Y también soñaba que acaso a fuerza de constancia, de doblegarse, llegaría a conquistarla plenamente, a someter el duro corazón de la aventurera, sin reparar en que ella, a su vez, lo tenía enfermo de un pasado incurable, de un mal idéntico al suyo.

Porque Gloria de Zaragoza y lo que de ésta quedaba dentro de “Tijuana in” nunca dejó de amar a Germán, y seguramente el choque de sus sentimientos con ese “imposible” que ella misma forjó fueron la causa esencial de su buscada degradación. De ahí su desprecio cruel y burlón por el sufrir de los hombres. Después de la muerte de Wehyman, al que también quiso, aunque no con la vehemencia que al otro, se agostó su corazón para todo nuevo amor y sólo floreció en él, lozanamente, el rosal del recuerdo. Y a diluirlo en la embriaguez, a fundirlo en la orgía, se encaminaban sus vanos afanes.

XIV

Aroma de Oriente

- ¡Opio! ¡Espíritu perfumado del misterio de Oriente!
- ¡Rey de la fantasía!
- ¡Elíxir de la liberación!
- ¡Ariete de la mentira...!
- ¡Arquitecto negro de la amplia y blanca vida...!
- ¡Mago sutil de lo ignoto!
- Aladino redivivo que nos das palacios de lapislázuli, los senos de Aziyadé y las cráteras de rubí con los vinos de Phalermo.
- Alfombra taumatúrgica que nos arrebatas hacia el país de la quimera, en el ritmo de una sonata de Beethoven, o en el cuento policromo de una canción de Lara.
- He abierto el portón de lo infinito. No me robes el oro de mi silencio. ¿No ves rodar entre nubes mi carro de luz?
- Allí te dejo, cuerpo ingrato: ¡Arcón de dolor!... yq me voy donde nada se ignora, a plantar mi tienda hecha con malla de música, a dormir en una hamaca tejida con los besos de mi amada...
- ¿Por qué crepitas, cobarde esqueleto? ¿Es que temes el ósculo de la verdad?
- ¡Luciérnaga rampante de la inmensa noche de la vida! No te vanaglories porque hay un punto que brilla en tu testa viscosa.
- Peregrino sideral, vamos saltando entre estrellas, ¿acaso me llevas al Reino de Dios...?
- Y esa ansia mutua, y el obligado trotar, y el negro enigma de enfrente, con su roja interrogación.
- Mi alma ha dicho a mi oído: “estoy prisionera en tu corazón; rompe el triste calabozo y huye conmigo...Allá no hay hastío, ni se vende el amor...
- ¿Y aquel rayo de luz que viene de tan lejos a taladrarme el cerebro con la rúbrica divina...?

Un dragón enorme de marfil sobre negra laca de la China, decoraba el techo; tapices suntuosos de tonos oscuros cubrían las paredes avaras de silencio; un Budha de oro, sobre su altar de malaquita, era velado en un rincón por una lámpara votiva de verde jade; en el piso alternaban con los multicolores cojines, pieles de oso, de tigre, de hiena, con las cabezas disecadas admirablemente, que fascinaban con sus fosforescentes ojos e hincaban sus dientes afilados a los locos fumadores. Solía pasar también que éstos las besaran con apasionamiento, confundiéndolas con sus ausentes y queridas esposas...

Gloria y Rodolfo fumaban solos la droga de las sutilezas y la sabiduría, sin más compañía que la del chino enigmático, que les cocinaba las pipas, y que venía a ser como un sacerdote obligado del rito.

Todo callaba, salvo el misterioso chirriar de las embalsamadas perlas al fundirse en la flama con chasquido de besos infernales.

Él y Ella habían vaciado sus labios parte de las joyas conquistadas allá lejos, en regiones prodigiosas, en las rutas del opio...

Y ya guardaban quietud. Sólo sus pupilas, rutilantes en la penumbra del gabinete, revelaban en su estrabismo las visiones de arcano que fueran contemplando...

"Tijuana in", envuelta en un kimono rojo, estaba tendida sobre un oso polar destacando como una mancha sanguinolenta sobre el blanco pelambre. Ella misma era una llama que se iba ennegreciendo entre los vapores del opio, llama que ardía con el ansia de vicio de su imaginación insaciable de goce, con el fuego voraz de su corazón lacerado y escéptico consagrado al placer.

Su carne tremante experimentaba ese picor, ese cosquilleo de lascivia que el opio produce en la mujer, mientras que al hombre, sabido es, da superación y serenidad. Elástica y ondulante, como una ígnea serpiente, se fue acercando lenta, pausada, en sabia incitación, provocando la caricia del macho con el fluido de su deseo.

Iban en la octava pipa; el chino cocinero se había servido también varias raciones y cantaba con voz gangosa y gutural una balada de su remoto país, golpeando con el aguja de quemar en el bambú de su pipa para acompañarse. Era una canción que ya Gloria había hecho que le tradujera ¹. “Relataba los castos amores de Hong Rop, pirata, rey y genio, con la pura y diáfana Yuctchen-hoa (Flor de Jade): van a la deriva en un débil sampán, sobre las aguas tumultosas de un torrente y bajo la luz lechosa de la luna, a estrellarse contra las rocas del Anfiteatro de la Muerte, condenados por la cólera indómita de Hai-lung-Wang, padre de la doncella; cuando una flecha disparada por uno de los trasgos perseguidores hiere a Flor de Jade en el brazo divino y la sangre, que mana de la herida, cae en los labios de Hong Rop, revelándose inmediatamente a su oscura razón que aquella savia es el elixir de la doble vida, de la sabiduría y de la intrepidez... guiado por la suprema inspiración encuentra el camino que los salvará, llevando su esquife a atracar en la Isla de los Floridos Jardines, donde desembarcan los enamorados a formar su nido de eterna felicidad. Al caminar, Flor de Jade va aún goteando sangre perfumada de su herida, y cada gota, al tocar la tierra, hace brotar una flor extraña, de la que se alimentará más tarde la fantasía de un pueblo de filósofos y sabios.

Ya el humo sagrado lo envolvía todo, saturando el recinto y los pulmones de los fumadores con su aroma imponderable. Las negras volutas, encarrujándose, se desprendían del quemador y ascendían en variados arabescos hasta la bestia ebúrnea del “plafond”, que fingía cobrar rara vida y aspirarlas con fruición... La flamita débil, opacada, de la lámpara de jade ante el Budha milenar, era un símbolo humano...

La tosca arcilla, bajo el influjo de la droga, se hacía lúcida, clarividente: Rodolfo veía y sentía cómo los tentáculos de un pulpo gigantesco lo aprisionaban y acabarían por ahogarlo ineludiblemente; pero los misteriosos ojos del monstruo lo tenían sometido a una fascinación deliciosa, y no trataría de escapar. ¿Para qué? ¿A dónde? todo lo demás ¡era tan incierto! Estaba tan lejos...

¹ Inspirada en Las leyendas de C. Farrere.

... La boca de la mujer buscó la suya con su contacto de seda tibia, los dientecitos le mordían ávidos en la lengua y en los labios... y el cuerpo felino, que se palpaba desnudo bajo la tela escarlata del kimono, con toda su modelación tentadora, con todos sus resquicios de deleite, se fue repegando a él, agresivo e implorante...

... La hembra, en plena vesania del opio, febril, jadeante, se aglutinó materialmente al macho, forjando la escultura del viejo motivo bíblico, y mordía...arañaba...gimiendo...convulsiva: —¡Germán!... ¡Germán mío! Mi Germán... tórame...soy tuya...

El chino, con los párpados cerrados, seguía entonando suave, quedamente, su dulce canción oriental, golpeando a pausas el bambú de su pipa par acompañarse...

Y la lámpara votiva, ante el ídolo de oro, lucía como la pobre e insignificante vida humana ante el destino hermético e inabarcable.

En los lomos del peligro

– Rodolfo, tengo el capricho de ir a San Diego, a La Joya, a San Juan Capistrano; quiero burlarme de los “bulldogs” que me olfatean y acechan en “La línea”.

– Es una locura Gloria–Guenta –así la llamaba él–, “los primos” te vuelven a encerrar sin remedio, y acaso algo peor. ¡No pienses tonterías!

– Iré aunque me cueste la vida, y si tú no me quieres acompañar, quédate cobarde! ¿No dices que tu dicha será morir por mí?

– ¡Puedes creerlo Nenita! Pero morir yo. No verte a ti en la cárcel, en la horca o en la silla eléctrica, que será lo que te pase si insistes en tu disparate. Con las ganas que te tienen...

– Pues iremos encima de “los primos” y las sillas electrizadas. Yo quiero pasar siquiera una vez más frente a la casa de mi padre. ¿Si consigo verlo, aunque sea de lejos? ¡Qué dicha! Y rezar en la “Mission” donde hice mi primera comunión ... Hoy me siento buena, me siento niña.

No eran raros en ella estos arranques. A veces le invadía el hastío de la existencia tumultuosa que llevaba, le entraba el arrepentimiento, pensaba en Dios, en el diablo, y no queriéndose confesar, porque suponía que sus pecados eran imperdonables, se iba a orar ella sola. Tomaba su auto, confortablemente equipado para toda excursión: con “pullman”, radio, cocinilla, tocador: además, blindado y armado con una combinación de ametralladoras, que lo convertían en un “tank” o fortaleza ambulante. Fue el último regalo de Wehyman, la cuelga de aquel trágico día de su santo.

Se aprovisionaba convenientemente, y con la única compañía de Cora, su criada negra, partía hacia los bosques de la sierra y las playas solitarias, que le insinuaban tantas remembranzas y

allí permaneció ante la naturaleza y el mar, quince, veinte días, en su increíble papel de niño-ermitaño, hasta que, de nueva cuenta, el cosquilleo del vicio le hacía volver.

— ¿Conque vamos eh? No tengas miedo, no nos pasará nada, lo tengo todo preparado, pues hace mucho que alimento este deseo. Tengo unas pelucas para disfrazarnos y un auto viejo con placas de allá, que pasará desapercibido. ¿Sabes la mejor hora? Al caer la tarde, la hora gris, como dicen las elegantes. Nos hacemos “cuetes” y decimos tranquilamente al guardia: “Americans”. Así que no te me “abras”, como se habla en Jalisco, mi chula tierra.

Estaba parlotera y juvenil, como una arrapieza: sólo él sin miedo alguno, pero con plena conciencia medía el peligro a que se exponían; sobre todo ella, su Gloria, ¡su encanto! Irían, ella lo quería y no había remedio, peor era que lo supusiera cobarde. “Mas si la reconocen, ya le demostraré mi cobardía”, ¡cómo la quiero!” y se acariciaba el bulto que formaban en ambos lados del chaleco las pistolas que se había escondido.

Pasaron, como ella lo había previsto con su femenino instinto, sin novedad alguna. Rodolfo conducía, haciéndolo con suma precaución, pues cualquiera infracción, un accidente, por insignificante que fuese, les resultaría de fatales consecuencias al ponerlos en contacto con la policía; podían descubrirlos por las pelucas rubias o por cualquier otro detalle.

Cruzaron San Isidro, Chula Vista, National City; al fin ya estaban en Market St., muy orondos, regocijándose con la aventura y haciendo comentarios de su audacia.

— Ahora sí, Gloria-Guena, ya estamos en “la guarida del lobo”. ¡Qué no me vayan a quitar a mi Caperucita! Nada de imprudencias, que estos sabuesos tienen el olfato muy fino y la vista de lince.

— ¿Vamos al cine?

— Bonita cosa, ya veo que tú eres de las que apagan el fuego con gasolina. Al cine, ¿para que alguien te reconozca y te echen el

guante? ¡No mi hijita! Ya hicimos una gorda y no te permitiré otra.

— Bueno, entonces a Coronado, después a bañarnos en La Joya, pernoctamos en la playa, y en la madrugada saldremos a San Juan de Capistrano para estar de regreso en “la tocaya” como a las doce, que es la hora de más tráfico, para no hacernos notables. El programa fue aprobado y la primera parte empezó a cumplirse: fueron hasta el muelle y tomaron el “ferry” para Coronado.

Ya era de noche. Las aguas tranquilas de la bahía reflejaban en cabrilleos fantásticos las luces de la ciudad. Los barcos, surtos en el Puerto, semejaban castillos flotantes encantados. A lo lejos, como un farallón enhiesto de progreso y confort, se levantaba el soberbio hotel “El Cortez”, pregonando orgulloso, con su rojo cartel lumíneo, su hispana prosapia.

La brisa les acariciaba el rostro, y ese olor fecundo a yodo, a algas, a sexo, que exhala el mar, les hinchaba los pulmones, infiltrándoles hálitos vigorosos e insólita ansia de gozar... de viajar... de vivir...

El “ferry” atracó, y su auto, un “roadster” modesto, como los que usa a cientos de miles el pueblo americano, escogido ad-hoc de “second hand” para pasar desapercibido, entró en Coronado, Isla de Ensueño...

Gloria iba emocionada y melancólica. En esos momentos pasaban por la casa de su prima Amelia; tentada estuvo de bajarse, pero Rodolfo se lo impidió, observando con acierto que la policía podía estar vigilando.

No obstante la lasitud que imprimían a su espíritu las variadas emociones del peligroso paseo, su viejo orgullo de “bootlegger”, burlador a cada instante de la ley y la justicia, sentíase halagado con aquel alarde. Aquello era como un barrunto de sus correrías cuando fue Capitana del Blue Bird, ¡su querido pájaro azul! Y la visión de la madrugada trágica pasó ante ella. “¿Cómo pudo soportar el verlo hundirse, sin arrojarle ella también abrazada al cadáver del bravo Capitán?” ¡Ah sí! ya recordaba: “el ansia de venganza la detuvo” y la supo cumplir, y se refocilaba en su

memoria cuando el desalmado Jack, El Rojo, quien la suponía ya su esclava, se puso lívido de terror, al verla blandir el puñal, que, astuta, se había ocultado en el sombrero, y después “¡qué gusto!” al devolverle el mensaje que él envió a Wehyman y mirarlo rebotar, con el pecho abierto, entre las peñas de la Garganta del Carrizo.

“¿Y por haberse hecho justicia la enjaularon para treinta años” y ahora la perseguían implacables? “¡Qué estúpidos! ¡Qué crueles!”

Dejaron el “roadster” y se fueron a sentar en una banca del malecón, en esa hora desierto. El Gran Hotel, que se recortaba frente a ellos sobre el azul-violeta del cielo con su remedo de gótica arquitectura, se les antojaba un palacio de hadas guardado por el feroz dragón de la ley. Les estaba prohibido hasta acercarse, a pesar del deseo que sentían de ir a alternar en aquel mundo, despertado por los gritos de alegría de allá adentro del sonar del “jazz-band”.

Gloria, al sentirse considerada como un réprobo de la sociedad, al verse definitivamente arrojada de la esfera que fue suya, se llenó de tristeza, ensimismándose alelada, ante el torbellino de sus recuerdos. Rodolfo, impresionado por la poesía del momento, también callaba, no quería turbar el hermético silencio que poseía a su adorada...

... Sobre el mar, en la noche estrellada, un bólico surcó el firmamento...

XVI

“Ella y yo”

Al siguiente día regresaban ufanos de San Juan de Capistrano, Gloria palmoreaba de júbilo como un bebé, había visto a “Daddy”

— Qué bien conserva —le decía él sabiendo que le halagaría— fuerte, marcial, se adivina luego a uno de nuestros bravos hombres de guerra.

— ¡Pobre padre mío! No tuve valor para hablarle. Y hubiese sido inútil, me rechaza con seguridad. Para él estoy muerta —asentía resignada— pero lo he visto y eso me basta para sentirme feliz. ¡Gracias por tu ayuda!

— No tienes por qué Glorita, el mérito de la empresa es sólo tuyo. A ver cómo termina. Yo no estaré tranquilo hasta que lleguemos.

— Bien, no tengas cuidado. ¡Se lo pedí tanto a Dios!

Ella llevaba el volante, el término del “ride” estaba próximo. Iban dejando San Diego cuando se les acabó la gasolina, y tuvieron que proveerse en la estación más cercana.

— Qué bonito es San Diego— comentó él, al reanudar la marcha.

— Sí, una ciudad perfecta; limpia, pulcra, laboriosa; es un templo de la virtud y del trabajo; pero sin alma, sin vida, automatizada; hasta los timbres eléctricos que regulan su tráfico suenan lúgubrementemente; la gente camina por las aceras como muñecos, con la mirada fija y el sentimiento tenso en su ideal utilitarista: “business and money”. En tanto que allá, en mi pueblo —y se oprimía con las manos el pecho como si lo llevara dentro—, suenan incesantes los cascabeles de la alegría: el “jazz”, las risas, las canciones y esa sublime melodía del tintineo de las copas. ¿No ves cómo los más inteligentes van a buscar a mi tierra lo que aquí les falta?

— ¡No! ¡Nenita! Dispénsame que te contradiga, pero no estás en lo justo, te ciega la pasión. Ni en San Diego es lo soso y tauturno que tú piensas, ni la alegría de Tijuana vale un pepino. Es una alegría mercantilizada, ficticia. Vale más la sana sonrisa de aquellos cuatro muchachos que acabamos de ver jugando al “tennis”, que todas las carcajadas estentóreas y forzadas que han lanzado los briagos de allá, desde que Tijuana existe.

— ¿Ah sí?, pues ándale, quédate con esa gringuita pecosa y desabrida. ¡Déjame a mí! No valgo nada... — Se puso mohina, pero él no dio su brazo a torcer:

— Es que tú tomas demasiado a pecho lo del tocamismo. Hasta me dan ganas de preguntarte donde tienes el “Foreign Club”

— Gloria cambió, seguía la broma:

— No te lo diría: más bien sabes dónde tengo “El Molino Rojo”.

— ¡Sí! En esa boca divina que me embriaga. — Quiso besarla.

— ¡No amiguito! Está usted castigado por blasfemo. No volverá a tocar mi “Zorro Azul”, ni a disfrutar en “Midnight Follies”.

¿Ponerse a decir que vale un pepino la alegría de Tijuana?

— Aunque tú no quieras, y es probable que seais iguales. No puede haber mayor sofisma que ése: “La alegría de Tijuana”, ¿una diosa cruel y mala que envenena y roba sin piedad! Sí, ¡no puede ser alegre! Si todos sus habitantes están malditos... y serán también devorados por esa fiebre de alcohol y oro que los atosiga. ¿No ves que han hecho de la cantina y el garito su iglesia y su taller, y de los “green back” sus imágenes y relicarios?

— ¡Cállate! ¡Que me voy a enojar de veras!

— Lo que debías de hacer era salir de ese poblacho, inficionado por todos los miasmas de la lujuria y el vaho de los borrachos, y venirte conmigo a México, a regenerarte, a olvidar para siempre ese mote denigrante del que te muestras tan orgullosa.

En esto, no se dieron cuenta de que corrían a más velocidad de la reglamentaria y eran alcanzados por un motociclista, que les marcó alto y les pidió los documentos. Rodolfo sintió la inminencia de la catástrofe y se dispuso a todo... Gloria, con naturalidad, rebuscó en su bolsa de mano. El gendarme los observaba receloso.

Ella volvió los ojos, cargó su mirada con toda la electricidad de que era capaz, y con su sonrisa, impregnada de dulce coquetería, le dijo sin turbarse:

— Cambié de bolsa, los he olvidado, pero mi casa está muy cerca; si usted gusta puede venir para enseñárselos.

El policía dudó, refunfuñó, pensó detenerlos, mas le fueron venciendo los hermosos ojos negros que le miraban fijamente, amorosos, prometedores...

— ¿Y este señor?

— Es mi esposo, Mr. Matson, con tienda en Broadway.

Rodolfo inclinó la cabeza cortésmente, tuvo un miedo horrible de hablar, la pronunciación podía delatarlo. Temblaba por ella, por su ídolo.

— “All right” — Quedó convencido, les dirigió una última e investigadora mirada y al partir:

— “Good trip”.

— “Thank you” —y la zalamera sonrisa se acentuó.

Ya no los abandonó la pavura, pues como el policía se les adelantó se imaginaron que les iba a preparar una estricta vigilancia.

— ¡Qué fatalidad!

— ¿Qué hacemos?

— Ya no hay más remedio que seguir adelante, correr el gran albur, si pasamos quedamos a salvo dentro de unos minutos. En cambio, si vacilamos y retrocedemos, nuestra pérdida es segura.

Ya sin chistar y con la velocidad regulada, continuaron remontando el camino.

Atrás quedaba San Diego, la ciudad magnificente que bajo el domo de su cielo gris-azul discurre tranquila en su vida dichosa, guarecida en sus costas artilladas y custodiada por las bocas ignívolas de sus acorazados.

Una escuadrilla de doscientos aeroplanos de combate evolucionaba en lo alto con geométrica exactitud.

XVII

Declinar

“Tijuana in” decaía visiblemente. Ya no era la imperial cortesana que atara, a su carro triunfal, la cuadriga de la riqueza y el amor, de la salud y la hermosura.

La parábola de su vida iba ya en arco descendente.

No era todavía vieja, ni con mucho; cuatro años apenas han pasado de que la dejamos en el apoteosis de sus fuerzas físicas y su perfección plástica, haciendo del escándalo su rito y envuelta en el torbellino del desorden, aunque roída interiormente por el gusano tesonero de querer olvidar lo inolvidable; siendo ello lo que le hacía fatigarse en los excesos, gustar todas las mieles: desde el arrebato loco del deporte, que ante la visión del peligro suspende al yo consciente para dejar actuar a la subconciencia en el imperativo absoluto de salvar la vida, hasta la morbosa abstracción del licor y las drogas. Así, se le vio realizar temerarias maniobras de aviación, llegando a conquistar el título de reina del “looping the loop”; correr en las regatas con una rapidez tal que no se sabía si iba en el aire o sobre el agua, con la endrina cabellera al viento, la nariz dilatada, las pupilas brillantes y azotando sin cesar los tritones de la velocidad, fingiendo una deidad mitológica del océano y del peligro; acabarse una tras otra las pintas de “whiskey” casi sin tomar respiro; y fumarse hasta veintitrés pipas de opio, hazaña que no realizan ni los viejos iniciados.

Ese querer olvidar la venció. El corazón humano es paradójico: mientras más se afana en borrar el pasado, más aviva el recuerdo.

Y la mueca retorcida de su pena hizo tal trabajo interior, que al fin domeñó a la voluntad y salió afuera a afearle el rostro, a marchitarle la nítida piel de azucena, donde aspiraron sus

amantes la esencia de los besos, a apagar la luz mágica de sus pupilas de obsidiana, que encendieron con su chispa hogueras de pasión.

Le quedaba el porte y el lujo en el vestir, pero claramente se adivinaba que los resortes de adentro, generadores del ímpetu, estaban flojos. “Neurastenia”, “cirrosis hepática”, opinaron los médicos. El mal era serio, mas no grave. Su juventud y un poco de método dominarían la enfermedad...

Lo peor era que, con la decadencia corporal y la impuesta abstinencia del régimen, no pudiendo ya aturdirse en el vicio, los remotos y dolorosos recuerdos se acercaron más, y los remordimientos de las culpas, despojados ya de las galas coruscantes con que los disfrazaba el placer, en una especie de íntimo carnaval del espíritu, se desnudaron de repente ante su conciencia que empezaba a despertar, y el miedo por todo el mal causado se dio a perseguirla y acabar de destemplanle los nervios.

Era espeluznante; como la teoría de fantasmas, de sombras macabras, sangrantes, la obsesionaban en sus noches de insomnio.

¡Cómo se aproximaban y qué seguido venían los que tanto le amaron y murieron por ella!

Germán, del que no volvió a saber, seguramente sorprendido en cualquier emboscada, dentro de la vida de bandidaje que abrazó por su causa, y fusilado en el acto, sumariamente, o acaso también ajusticiado con soga, pendiendo para ejemplaridad de un alto roble del camino. O lo que tal vez sería peor: malherido, acabando escondido en una cueva de la sierra inclemente, abandonado de sus secuaces, hambriento, febricitante, e implorándola en su postrer delirio...

Wehyman, asesinado cobardemente por sujetarse a su capricho de dar la fiesta en Blue Bird cuando él no quería, pues su instinto de viejo lobo le anunciaba ya que era muy expuesto para el barco la visita de tanta gente extraña.

Jack, El Rojo, al que ella misma... ¡Oh! y el guardián del

presidio, al que en una noche de aquelarre mandó cazar como a un gato de azotea para facilitar su fuga.

Y el más emocionante de todos, el más reciente: aquel pobre de Rodolfo del Llano, cayendo a sus pies, como un mártir sacrificado al dios bárbaro de sangrientas teogonías, tras de una breve disputa en que ella le dijo que le era ya insoportable, que no quería volver a verlo, con un gesto gallardo liquidó su amor y su abyección de un tiro en el paladar, y aún pudo, en un último y supremo esfuerzo, poner los labios moribundos en la seda de sus escarpines.

Y otros más...

“¡Estaba maldita! ¡Dios no la perdonaría nunca!”

Sin embargo, de niña le enseñaron que la piedad de Él es inconmesurable. “Tal vez, a fuerza de penitencia y arrepentimiento”, la fe de sus mayores, de que se alimentara su alma infantil, volvía a ella, junto con las remembranzas de su vida en el convento.

... La cruz, envuelta en un halo de luz divina, se iba perfilando en su mente atormentada...

XVIII

Expiación

– ¡Más fuerte Cora! ¡Azótame más fuerte! Castiga esta carne pecadora, y si me sabes pegar, yo besaré tus manos santas que me redimen de la culpa.

– Señorita, es que ya no puedo más. Me da usted compasión, ya la sangre se le salta de la espalda. ¡Pobre ama mía! No se martirice tanto. Dios es bueno y la tiene que perdonar. Usted ya se ha hecho buena, mejor dicho, nunca ha sido mala, nada más algo loca; pero son cosas de la juventud, de que ya se arrepintió. ¡Y lo que es yo, no le pego más!

– ¡Sí Cora! ¡Pégame otra vez! ¡No seas ingrata! ¡Acaba de salvar mi alma! ¿No sabes que estoy condenada y tengo miedo de morir así? Vuélveme a pegar y yo te daré lo que me pidas. – Gemía suplicante, de hinojos, con la mirada extraviada y cobarde de la posesa y desgarrándose las rodillas en las aristas del suelo rocoso. Cruzó los brazos en actitud pía, inclinó la cabeza con humildad y nuevamente ofreció su espalda desnuda y lacerada al látigo redentor.

Cora, en su rudimentaria psicología, no alcanzaba la razón de aquel martirio, pero, puesto que su señorita tanto se lo rogaba y era tan espléndida en la recompensa, a obedecer ciegamente, era el dictado de su característica racial.

... Y las correas castigadoras batieron de nuevo el aire, impulsadas por la mano vigorosa de la negra, para caer despiadadas sobre el dorso de la penitente, donde fueron grabando, como pinceladas de dolor, verdugones y cardenales. Gloria se volvía arrobada y compungida hacia el crucifijo que había pendido en el tronco de un árbol corpulento.

– ¡Oh! ¡Gracias...! Qué buena eres. ¡Misericordia señor! ¡Aquí te entrego mi carne y mi sangre! ¡Qué bello es sufrir! ¡Perdóname

Dios mío! ¡Misericordia Señor! – Y los gemidos balbucientes se alargaban, la plegaria se amplificaba en el eco de aquella naturaleza peñascosa y bravía.

Gloria sabía escoger sus sitios de meditación y penitencia, verdaderos santuarios naturales. Hoy estaban acampadas en una desviación del camino a Ensenada. Altas formaciones rocosas, como graníticos templos druidas, se levantaban sobre sus cabezas, cubriéndolas totalmente a ella y al automóvil de la indiscreta fiscalización de los que pasaban por la carretera, que corría a dos millas del recodo en que se refugiaban, tras el enorme bastión de la montaña. Un tupido bosque les prestaba fresca y sombra. El mar cercano se oía rugir.

Por la escena anterior se ve como nuestra heroína está ya enteramente transformada y trastornada. La locura mística, exaltada por el temor a la muerte que ya consideraba inevitable, encontró terreno propicio para desarrollarse en su cerebro, minado por la orgía, y en su conciencia angustiada por el remordimiento.

¿Quién pudiera ya reconocerla? Demacrada, espectral, pálida como de cera, vistiendo tosco hábito de áspera estameña, ceñida de cilicios, entregada al ayuno; con el venusto cuerpo, que fue “bouquet” de deleites, enflaquecido, moteado de moretones por las severas disciplinas.

Llegado había a ese estado de renunciación en que, perdido todo aliciente material, ya no queda a la triste alma sino temblar ante Dios. Desequilibrada y enferma su mente era a veces un caos: se presumía perdida en esta vida y en la otra. Entonces su desesperación llegaba al paroxismo y las penitencias se hacían más crueles: obligaba a Cora a que la flagelase hasta el aniquilamiento; se cubría de abrojos y cactus espinosos la comba del vientre; dormía desnuda en la saliente de una peña; caminaba de rodillas por la arena calcinante de la playa, levantando los brazos al cielo y deprecando al arcano incognocible. Hasta llegó a pensar en amputarse la mano diestra que esgrimiera el puñal asesino; mientras se la mordía y golpeaba contra las peñas y la corteza de los árboles.

En ocasiones, también cuando quedaba tundida, enervada por los azotes y la abstinencia y un rayo de esperanza le alumbraba, entraba en beatífico éxtasis, ascendía, su corazón se exultaba como el de María de Magdala, la gran arrepentida de la historia, evocaba a Santa Teresa:

“Vivo sin vivir en mí”

“Y tan alta vida espero”

“Que muero porque no muero”

Aspiraba a que florecieran en ella las sacras llagas perfumadas de Santa Catalina de Siena.

... Cora seguía golpeándola con rudeza y ella azuzándola en su místico delirio:

— ¡Más ! ¡Más ! Cora querida, mi mejor amiga... Padre nuestro, que estás en los cielos...

Hasta que cayó desmayada. La negra ya sabía cómo portarse en estos casos, tenía órdenes estrictas: “no tocarla, no auxiliar a la miserable carroña”, “dejarla tirada, abandonada a su suerte”. Qué sublimes ensueños, qué visiones célicas se forjaba su ánima liberada por la penitencia. “Así que no despertarla, no interrumpir sus diálogos con el Señor”.

Cora se quedó sentada a unos cuantos pasos, descansando de la fatigosa y repugnante tarea, contemplando su obra no sin cierto terror supersticioso: “¿si se me pasaría la mano y no vuelve?” Era ya de noche. La luna entera pendía de la bóveda azul, como una lámpara sagrada. El bramido de las olas al romperse en los acantilados, y el viento azotando la fronda, aullando lastimeramente, encajonado en el talud, fingían formular una protesta por el eterno e inútil dolor...

La pecadora quedó allí, derribada sobre las rocas hirientes, aniquilada, aplastada por los golpes; con las carnes desnudas, hendidas, bañadas en la luz de argento de la luna; haciendo pensar en su mística violeta ofrendada a Dios en aquel grandioso anfiteatro, digno altar de Ser Supremo.

El Cristo abría los brazos amorosos, pero sus manos sangrantes, clavadas al madero, eran impedidas de enjugar ninguna pena...

XIX

“El Asilo Zaragoza”

Así, purificándose el alma con la tortura del cuerpo, era como Gloria iba reconquistando la paz interior.

Su quinta grandiosa, asombro de la comarca por los fabulosos estipendios que se derrocharan en su construcción y decorado, la que fue templo pagano donde danzaron en báquicos giros ménades y sátiros, cantando a Dionisios, “dios de la vid”, fuente de “la sublime embriaguez”, que mata el hastío y cierra el dolor de las puertas del corazón; era, a la fecha, un remedo de convento carmelita del siglo XV. La verja dorada que circundaba la posesión fue mandada sustituir por alta tapia, que aislara lo más posible “del mundanal ruido”. Los frescos artísticos de asuntos mitológicos y amorios, que decoraban salas y corredores, fueron enjabelgados sin piedad con lechadas de simple cal: las gentiles marquesitas y gráciles pastorcillas, que marcaban un minueto, triscaban entre flores, o brindaban el búcaro de sus labios, como en un asunto de Wateau; las bacantes coronadas de pámpanos, las diosas mayestáticas, Júpiter raptando a Europa, Dafnis y Cloe; todos fueron tragados por la blanca inundación de rudos brochazos, sin respeto a los bucólicos paisajes, a las empíreas regiones olímpicas, ni a la firma de “Ordóñez”, que garantizaba en cada cuadro la genialidad de la obra.

— Lo del demonio al ídem. — era ahora la frase favorita de “Tijuana in”, la que en otro tiempo fuera piedra de licencia y escándalo.

Los tapices y muebles suntuarios se remataron, y el producto de la subasta se prodigó en caridad a los menesterosos y en organizar, dentro de la misma quinta, un asilo-sanatorio para ancianos y enfermos desvalidos: “El Asilo Zaragoza”; al ponerle este nombre sólo pensaba en el papá bueno que tanto la quiso.

Hubo necesidad de ampliar y adaptar los pabellones. Los coquetos gabinetes, las alcobas perfumadas, fueron trasmutadas en celdas de paredes desnudas, o con sólo un crucifijo o imagen, y sin otro mobiliario que un catre, una mesita y una silla, para albergar algún herido o indigente. La habitación que Gloria se reservara era todavía más modesta, pues si eran más y más bellas las santas creaciones pictóricas que ostentaban los muros, y en el principal un gran altar se levantaba a la Santísima Virgen de Guadalupe, Reina de los Mexicanos; en cambio era ausente el catre, la mesita y la silla; el duro suelo resultaba mullido lecho para su cuerpo ansioso de expiación.

Y se inundaba de júbilo supremo al saber que cada día era más pobre, y que sus mal habidas riquezas se empleaban en restañar heridas, enjugando lágrimas, socorriendo apremios. “Y que la muerte la tomaría desnuda de toda gala o bien mundano, pero en plena gracia de Dios”.

La hetera había clausurado el alcázar de vicio para abrir su sagrado recinto, tal lo hacían antiguas abadesas, a todos los que hirió la cruda batalla del vivir, a los que el error o la vejez privó de alimento. Y así como les donaba el pan del cuerpo les procuraba el del espíritu, ministrándoles sanos consejos y reconfortantes máximas, inculcándoles o reavivándoles la fe en Dios.

El Fortín Automóvil

Gloria, acompañándose de su fiel Cora, continuaba realizando sus escapadas a la sierra “para orar con más fervor y el más amplio recogimiento”. De su fausto pasado sólo conservaba el automóvil y eso “bien lo sabía Dios”, era porque le facilitaba sus hieráticas excursiones, y para que la pobre Cora no la pasara tan mal, que para ella, “para la infame pecadora” “Tijuana in”, le bastaba con “las hermanas peñas” y la “hermana hierba”, como al pobrecito de Asís.

Si el galante y descreído Wehyman resucitara y viera a su adorada Capitana sucia y desaliñada, apelotonada dentro de un burdo sayal, dormida en un rincón del monte, mientras la “horrible y apestosa negra” ocupaba el blando y confortable “pullman” guardada de la intemperie y recreándose con los conciertos que reproducía el radio, seguramente se encendería en él la ira de sus antepasados, que comerciaban con la vil carne esclava, inundando Jamaica y Louisiana con la raza de ébano, y la hubiera deshecho a puntapiés.

Era más de medianoche. Cielo diáfano y estrellado. Suaves rumores del mar arrullaban el feliz sueño de Cora, dentro del auto de veinticinco mil dólares, que Wehyman mandó construir expresamente, acariciando, de fijo, la idea egoísta de yacer junto a la amada y besarla con frenesí en una solemne noche como ésta.

Bruscamente despertó, le golpeaban con rudeza los cristales de las portezuelas. Despavorida se frotó los párpados. “¿No estaría soñando?”... Cuatro fascinerosos le apuntaban con los revólveres.

¡Oh! ¡El “fire defense” de los coches modernos! “Pobres bandiditos” rodaron como soldados de plomo acribillados por

el fuego de las ocultas ametralladoras, cuando la negra animada de sonrisa sarcástica hizo funcionar la manivela del sistema defensivo, y el auto tronó por todas partes vomitando acero y muerte como un monstruo apocalíptico. En cambio sus balitas inofensivas, si es que acaso lograron disparar alguna, se achataron como de migajón, contra el duro blindaje.

La balacera despertó a Gloria, que, al abrir los ojos, todavía alcanzó a ver desde su refugio un nicho tallado en la roca cual nido de águilas, como ardían los últimos disparos y se arrastraba alguien dando lastimeros alaridos.

Acudió presurosa a socorrerlo, casi no dándose cuenta de lo que había pasado

... ¡Oh sorpresa! El que gemía y se debatía agónico era Germán, el lejano y grande amor de su vida, al que juzgaba muerto desde hacía mucho. ¡Y cruel castigo! Sólo lo encontraba para verlo morir. La intensa emoción la sacó de quicio. Sobre el estrato que habían formado en su carácter las prácticas religiosas, erguíase de pronto el amor humano, que es acaso divino y que “es tan fuerte como la muerte”.

— ¡Bruja malvada! ¿para qué disparaste? ¡Esto es terrible! Óyeme Germán. Soy yo, Gloria de Zaragoza, ¿te acuerdas? —Y le acariciaba la frente, el cabello, espiando anhelante, al calor de las estrellas, cómo se extinguía la existencia del amado. No sabía qué hacer, sino llorar, gritar...desesperarse...

Cora dijo, apesadumbrada, no comprendiendo aún por qué a su ama le interesaba aquel forajido:

— No perdamos tiempo señorita, tal vez se salve. Subámosle al coche y corriendo al hospital.

Así se hizo. En el camino, el herido, ungido por los besos amorosos, reaccionó un poco y habló delirante:

— Estoy ciego; quiero ver; ¿quien me besa? ¿quién eres tú que me besas?...

— ¡Soy la luz...!

— ¡Estoy muerto...! ¡Quiero vivir...! ¿quién eres tú que me besas?

— ¡Soy la vida...!

— ¡Ah sí! Eres tú...ya veo, ya vivo, y expiró.

XXI

Hágase tu voluntad Señor

Esta última tragedia acabó de aniquilarla. A poco, también recibía la noticia de la muerte del padre. Ya desvanecidos todos los seres queridos en el limo de la Tierra, reintegradas sus almas al misterio omnipotente que las germinó, ¿para qué vivir? “¿Por qué aún me retienes Dios mío? Cúmplase tu voluntad...”

Fuego redentor

Cierta tarde, en que ya muy grave, casi paralítica contemplaba el acabar del día en su sillón de enfermo, desde el mirador del “Asilo Zaragoza” que dominaba el valle, hacía un examen de su vida: ascendido había “la cumbre de la serenidad” y juzgábase ya digna de perdón: “¡Alma! Si mucho pecaste, mucho sufriste... Te anegaste en dolor... Vertiste todas las lágrimas: las del placer y la risa; las del amor y el dolor; las del arrepentimiento y el cilicio. Llegarás hasta Él desgarrada y sangrante y no te rechazará...”

Por esa suprema Ley de Relación que tienen los hechos nimios con los grandes acontecimientos, como la semilla atómica de que brotara el bosque, el pueril deseo de fumar de un cantinero incubó la catástrofe:

... Acababa de entrar éste a la bodega a sacar “caldos”, mal encendió un cerillo que le quemó los dedos, y al arrojarlo involuntariamente cayó sobre una lata de gasolina, que se volatilizaba por un agujerito imperceptible, y la hizo estallar... El fuego se comunicó a todo: a los barriles de alcohol de caña con que se fabricaban los “exquisitos licores importados”, a las cajas de empaque, a un montón de zurrónes de paja; de allí a las paredes de madera, al almacén entero. El imprudente que provocó el incendio voló por el aire, rebotó en el techo y cayó en una hornaza...

Pronto, los “cabarets” vecinos fueron pasto de las llamas. Toda “la manzana comercial” crepitaba derrumbándose entre lenguas igniscentes. A intervalos escuchábanse formidables estallidos y un constante tronar de botellas. Los innobles traficantes huían despavoridos saliendo de entre las flamas, ahumados, a medio tostar, como demonios, reflejando muecas dignas de Durero, que traslucían la pena que les causaba el perder el fruto de su

“honrado trabajo”. Otros más avaros, sin temor a asarse, se introducían en las tiendas incendiadas, brincaban entre tizones, a salvar sus tesoros, a rescatar los “green back” que fueran el culto de su vida.

¡Tijuana ardía! ¡Se achicharraba el emporio del vicio! Se cumplía la palabra de los predicadores...

Cuando el resplandor del incendio iluminó el horizonte entre sendas columnas de humo y alborotado chisporroteo, y Cora llegó anunciándole presurosa:

– Señorita! ¡Se quema el pueblo! Gloria haciendo un sobrehumano esfuerzo, se abatió de rodillas, fervorosa, levantó el crucifijo al azur, y elevó gravemente su voz que tomaba resonancias proféticas:

– ¡Gracias a ti! ¡Oh Todopoderoso! ¡Tu sabiduría es infinita! ¿Me reservabas esto...? ¡Bendito seas! Ahora sí ya puedo morir... Este santo fuego la purifica a Ella, me purifica a mí, nos salva a todos...

Y en la plegaria entregó su alma.

FIN

San Diego, Cal – México, D.F. Octubre–diciembre de 1931

ÍNDICE

El largo sueño de <i>Tijuana In</i> , Leobardo Sarabia.....	7
<i>Tijuana In</i> : La parábola del mal o la creación de un mito, Humberto Félix Berumen.....	11
Tijuana In.....	19

Títulos de la colección

Tijuana Tango

Francisco Morales

(Poesía)

•

Tijuana In

Hernán de la Roca

(Novela)

Tijuana 
Zona Libre

Leobardo Sarabia

Coordinador de la colección

Tijuana in de Hernán de la Roca fue impreso en los talleres de ColorUno, el 15 de diciembre del 2005. En su composición se utilizó tipografía Times Roman 10 y 12 puntos. El tiraje consta de 1000 ejemplares más sobrantes para reposición. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Leobardo Sarabia.



Tijuana In de Hernán de la Roca, la primera novela escrita sobre Tijuana, fue publicada en 1932. La presente edición es una forma de acercamiento al pasado de la ciudad, que consta de múltiples testimonios, siendo el de la literatura, el más expresivo. La novela tiene a la ciudad como protagonista, escenario central y pretexto para el discurso moralista. Los atributos que adjetivan la leyenda negra de Tijuana se hallan en estas páginas. El personaje central se funde con la ciudad, imita su respiración afiebrada, la anima la misma voluntad de placer y pulsión autodestructiva.

El relato transcurre en la atmósfera enfebrecida de la Ley Seca. El imperio de una ley que no llega; el juego como metáfora vital; el vicio como proximidad del abismo; la ciudad descrita con unos cuantos trazos que la hacen detestable y evasiva. La anécdota de *Tijuana In* es simple, aunque complicada por el acecho moralista y la filigrana anacrónica. Al pasar, la novela recoge elementos distintivos, señales crudas de la fama pública de Tijuana, que despliega al máximo. Es la ciudad de la caída bíblica que contamina, pervierte y finalmente, se vuelve extremo del derrumbe moral. No hay análisis ni tiene por qué haberlo, de la correlación social, de la fuerza restrictiva de la Ley Seca, que enmarca esta loca historia de corsarios y amores contrariados.

La imagen del incendio que acaba con Tijuana es sugestivo, por el abanico de reacciones que provoca. Las llamas que consumen los bares, la estampida de lenones ante el desastre, el actuado pánico en las calles, el súbito apocalipsis que ensombrece a la ciudad. En su distante repaso de las ruinas, *Tijuana In* cumple, por ahora, una tarea inapreciable: imaginar a una ciudad que ya no existe.